

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



EL CIELO ESTÁ CERCA

Edición de Víctor García Ruiz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El cielo está cerca”:
Víctor García Ruiz.

EL CIELO ESTÁ CERCA

Comedia romántica en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros

Estrenada en Madrid, en el teatro Infanta Beatriz, 8 de enero de 1947, por la
compañía Bassó-Navarro

PERSONAJES

| | |
|--|------------------------------------|
| PALOMA | Señorita Esperancita Navarro Bassó |
| ROSARIO | Patrocinio Rico |
| CECILIA | Señorita Maruja Muñoz |
| LINA | Señorita Pepita Montoya |
| CARLOS BOY | Sr. Nicolás Navarro |
| GABRIEL | Sr. Félix Navarro (hijo) |
| MONSIEUR PIERRE GERBIDON | Sr. Oms |
| EL CHÓFER | Sr. Jiménez |
| UN AGENTE | Sr. Escamilla |
| UN BOTONES | Sr. Campos |
| LOS TRES MUCHACHOS DE MONSIEUR GERBIDON | (no hablan) |

La acción en Madrid. En la última noche del año. Nuestros días.

ACTO PRIMERO

Una estancia –sala, comedor, cuarto de estar– en el último piso de un inmueble de vecinos. El techo, de suave abuhardillado, fragmentariamente o en su totalidad. Una amplísima vidriera al fondo, sobre el tejado, a través de cuyos cristales se ve otro saliente de la mansarda con ventana. Más allá envolviéndolo todo, una perspectiva de tejados y luces de gran ciudad, y mucho cielo con estrellas. Al fondo, también, puerta de entrada. Cuando se abre, descubre el rellano con barandilla de remate de escalera. Aquí, en escena, todo es sencillo y casi pobre, pero primorosamente cordial, alegre y femenino. Manos de mujer, sin duda, componen a diario la gracia de las cortinillas de cretona de vivos

estampados y los pliegues de la mesa camilla que hay en el centro de la habitación. A la derecha –se indica en esta descripción los términos correspondientes al espectador– dos puertecitas, entre ellas una cómoda isabelina con cachivaches de buen gusto. En la pared de la izquierda otras dos puertas y en medio un sofá de volantes tapizado en bullicioso juego cromático con las cortinas de la vidriera y de las puertas. Y cerca, una mesita adosada a la pared con máquina de escribir. En un lugar bien visible de la pared del fondo, entre el ventanal y la entrada, un almanaque grande cuya hoja expresa clarísima:

DICIEMBRE 31

Estamos, pues, en la última noche de un año cualquiera de nuestra época. Son ya más de las once, cuando se levanta el telón. Sentadas en torno a la mesa camilla cenan cuatro mujeres: Rosario y sus tres hijas: Cecilia, Lina y Paloma. Rosario es una mujer de unos cuarenta y cinco años, de agradable presencia, tiene un indudable señorío y una graciosa elegancia en sus ademanes. Fue hermosa, y ahora un poco cansada, es todavía bella con sus sonrisas de melancolía. Algo muy sutil y delicado identificaría como hermanas a las tres muchachas que la rodean. Paloma, la menor, es una adolescente delicada y dulce, con suavísima melena clara hasta los hombros, y una jubilosa alegría en los ojos muy abiertos y soñadores, llenos de luz. Cecilia es la mayor –unos veintisiete años– buena, tierna, toda ella una precoz serenidad. Lina, de edad intermedia entre Paloma y Cecilia –puede tener alrededor de veinte años– es una muchacha de aspecto deportivo y muy moderno. Viste pantalón rojo granate de graciosa traza masculina y un jersey cerrado hasta el cuello. Cuando se levanta el telón, Paloma, Cecilia y Lina, cantan una canción de moda, muy alborozadas las tres.

ROSARIO.—(*Mientras cantan las muchachas*) Bueno, bueno... ¡Silencio! Pero, hijas mías, qué escándalo es este. ¡¡Por favor!!

(*Las otras ríen y siguen cantando*)

Basta... ¡Basta! Mis pobres oídos. ¡Me matáis! ¡Qué dirán los vecinos!

PALOMA.—¡Al cuerno los vecinos!

LINA.—¡Esta noche es Nochevieja!

CECILIA.—(*Besando a su madre*) ¡Huy, mamá, guapísima, tesoro!

ROSARIO.—¡Hija! Que me ahogas...

(De pronto Paloma y Lina se ponen de pie, sin dejar de canturrear y, cada una a un lado de la mesa, bailan como si llevaran claquetas en los zapatos. Cecilia rompe a reír y Rosario, entre alegre y emocionada, las contempla)

¡Se han vuelto locas! ¡Locas! Cecilia, hija mía.

CECILIA.—¡Mamá!

ROSARIO.—Yo creo que estas chicas han bebido demasiado jerez...

CECILIA.—*(Ríe)* ¡Déjalas, mamá...! ¡Es Nochevieja! ¡Mañana es Año Nuevo!

(De pronto, Lina y Paloma, dan garbosamente los últimos pasos de su baile. Y sin descansar caen sobre la madre y casi la sepultan bajo sus besos)

PALOMA.—Tesoro, encanto, cielo... La madre más bonita del mundo. Eso es. Toma, toma, toma...

ROSARIO.—*(Asfixiada)* ¡Oh! ¡Oh!

CECILIA.—Por Dios... Chicas. ¡Que se ahoga!

LINA.—¡Duro con ella!

PALOMA.—¡Huy, huy, huy!

(Ríen las tres. Rosario ha conseguido desasirse del entusiasmo de las dos pequeñas y se arregla el cabello mientras las chicas se ríen y la miran con mucha ternura)

ROSARIO.—¡Locas! Sois unas locas. Me habéis destrozado el peinado. Tenéis el mismísimo demonio en el cuerpo. Eso es.

(Transición. Sonríe muy emocionada mirando a las tres)

¡Hijas de mi vida!

PALOMA.—¡Mamá!

CECILIA.—¡Mamá!

LINA.—¡Mamá!

ROSARIO.—Dadme un beso. Yo también os quiero con toda mi alma. Yo quisiera que toda la vida estuvierais tan alegres como esta noche. Yo quisiera...

(Y se le corta la voz. La rodean las tres muchachas)

PALOMA.—¡Oh, mamá! Mamaíta...

CECILIA.—Pero ¿vas a llorar, mamá?

LINA.—Eso sí que no. Lagrimitas esta noche, no.

PALOMA.—¡Naturalmente! Esta noche no se puede llorar, mamá.

ROSARIO.—Tienes razón, Paloma. (*Sonríe*) Esta noche no se debe llorar. Para vuestro padre esta era la noche más hermosa del año. Decía que es la única noche en la que todos somos buenos porque todos tenemos esperanzas...

CECILIA.—Calla, mamá. Si recordamos a papá, acabaremos llorando las cuatro, como siempre.

LINA.—Hombre, sí. Haremos el número sentimental.

CECILIA.—¡Lina!

ROSARIO.—No hables así, hija...

LINA.—Está bien. ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué no seré yo tan romántica como vosotras?

PALOMA.—Oye, mamá.

ROSARIO.—¿Qué quieres, hija?

PALOMA.—(*Risueñamente pensativa*) ¿Puede ser lo que dice la gente? Año Nuevo, vida nueva... ¿Es posible que esta noche suceda algo maravilloso que cambie nuestra vida? Así, de pronto.

CECILIA.—¡Oh, Criatura!

ROSARIO.—Sí. Un solo minuto puede cambiar toda una vida...

(*Sonríe con un poco de melancolía*)

Claro, que eso sucede muy pocas veces.

PALOMA.—(*Sueña y ríe*) No importa. Esta noche puede suceder...

CECILIA.—¡Paloma!

(*Riendo*)

ROSARIO.—¡Hija! ¿Qué es lo que puede suceder esta noche?

LINA.—(*Por Paloma, llevándose un dedo a la sien*) Está de remate.

PALOMA.—(*Un chillido*) ¡Liiiiina! (*Dispuesta a lanzarse sobre ella*) ¡Mírala, mamá!

CECILIA.—¡Paloma!

ROSARIO.—Criaturas...

PALOMA.—¡Dice que estoy chiflada!

LINA.—(*Come*) ¡Pido perdón a su excelencia!

PALOMA.—(*Indignadísima*) ¡Me está llamando excelencia!

ROSARIO.—Bueno. ¡Se acabó! Yo creo que lo mejor es que terminemos de cenar.

Faltan los huevos.

LINA.—¿Cómo?

CECILIA.—Pero ¿es que hay otro plato? ¿Después del bistec?

PALOMA.—(*Satisfechísima*) Sí, sí. Huevos fritos. ¡Miradlos!

CECILIA y LINA.—¡Oh!

PALOMA.—He frito yo los cuatro y no he estropeado más que dos...

ROSARIO.—(*Aterrada*) ¡Dios mío! ¡Dos huevos estropeados!

PALOMA.—La verdad es que estamos pasando una Nochevieja colosal. Flores en la mesa... Una cena imponente. Puré de lentejas, bistec con patatas y huevos fritos. Casi, casi, como en el Palace.

LINA.—Casi... Total: no falta más que la orquesta.

PALOMA.—Pero ya se sabe: las orquestas dan mucha lata.

ROSARIO.—Sí... Hijas mías... Soy muy feliz.

(Como, naturalmente, están comiendo las cuatro, Lina habla ahora con la boca llena)

LINA.—Todavía guardo yo una sorpresa...

ROSARIO.—¿De verdad?

PALOMA.—¡Ay! ¿Sí?

CECILIA.—¡Dila!

LINA.—No quiero. Ya he dicho que es una sorpresa.

PALOMA.—Por eso. Las sorpresas y los secretos si no se pueden descubrir, ¿para qué sirven?

LINA.—Anda, eso es verdad.

(Saca un paquetito del bolsillo de su pantalón y lo muestra)

¡Mirad!

PALOMA.—(*Curiosísima*) ¿Qué es?

CECILIA.—¿Cigarrillos?

LINA.—(*Triunfal y ufana*) ¡¡Una cajetilla de «Camel»!!

(Cecilia y Paloma palmotean)

CECILIA.—¿«Camel»? ¡Bravo!

PALOMA.—¡Oh! ¡«Camel»! ¡Qué derroche!

ROSARIO.—Pero, Lina, ¿qué locura es esta? ¿Cómo has podido comprarla?

LINA.—La compré esta mañana con el dinero de mis gastos. (*Tristísima*) Durante ocho días no puedo tomar el «metro» para ir a la oficina...

PALOMA.—¿Qué bien!

LINA.—Te diré.

PALOMA.—Me refiero al «Camel». (*Comiendo, de pronto*) ¡Ay, Dios mío! Cuando veo todos estos lujos: las flores, los cigarrillos, el puré de lentejas...

LINA.—(*Estupefacta*) Pero qué fantasía tiene esta chica. Mira que llamar lujo al puré de lentejas...

(*Ríen todas*)

ROSARIO.—(*Acariciando a Paloma con mucha ternura*) ¡Mi pequeña!

PALOMA.—Es que me acuerdo de otras cenas de Nochevieja. (*Ríe*) Hubo un año que tuvimos de postre dos plátanos para las cuatro...

CECILIA.—Calla, por favor. Era cuando mamá nunca tenía apetito...

(*Rosario se seca una lágrima*)

¿Os acordáis?

ROSARIO.—Vuestro pobre padre nos dejó demasiado pronto... ¡Pobre papá! Vosotras erais muy niñas. Solo Cecilia era una mujercita. Y la vida era tan difícil.

CECILIA.—Ya hace diez años... ¡Pobre papá!

LINA.—(*Pega un brinco y suelta la servilleta*) Oye tú, rica. Si os ponéis sentimentales, me marchó.

ROSARIO.—Tienes razón, Lina. Pero discúlpame: a mi edad la única alegría posible es recordar. Cuando terminemos la cena y tomemos las uvas de las doce os dejaré aquí, solitas, a las tres, y me iré a mi habitación. Vosotras os quedaréis soñando y yo me iré a recordar... Parece muy distinto, pero es casi lo mismo. La vida no tiene presente: solo es ayer y mañana. Y para recordar también hay que tener un poco de imaginación. Figuraos. Esta noche, sola en mi cuarto, la voy a pasar con vuestro padre que murió hace diez años... (*Una lagrimita*).

CECILIA.—Mamá...

PALOMA.—Mamá...

LINA.—Mamá. Perdóname...

ROSARIO.—Hijas mías... Creo que es muy tarde ya. Cecilia. ¿Cuánto falta para las doce?

CECILIA.—(*Mirando el reloj*) ¡Dios mío! ¡Faltan veinte minutos! Hay que prepararlo todo para tomar las uvas...

LINA.—¡Ay, sí!

PALOMA.—Voy a buscar los cuatro paquetitos... Los hemos preparado mamá y yo esta mañana... Ya veréis. En cada uno doce granos... Una maravilla. ¡Vuelvo enseguida!

ROSARIO.—Sí, hija mía...

(Sale Paloma corriendo. Rosario y Cecilia, juntas, la ven marchar mirándola con mucha ternura. Lina está al fondo atenta a la calle desde el ventanal)

¿Qué le sucede esta noche a Paloma? Está nerviosa, excitada...

CECILIA.—Es la fiesta, mamá. Todas estamos alegres. Quizá hemos bebido un poco...

ROSARIO.—Paloma me da miedo. Mucho miedo. Cuando me mira con esos ojos tan grandes, tiemblo... No sé lo que hay dentro de ella. Esta noche hace un instante, me ha asustado...

CECILIA.—¡Oh, mamá!

ROSARIO.—Sí, sí. ¿No la oíste? Ha dicho que lo más importante puede suceder esta noche... ¿Qué es lo que espera, precisamente, para esta noche? ¡Ay! Así fue padre. Se pasó la vida soñando; cuando murió, sonreía como si la muerte fuese un sueño más... ¡Su último sueño!

LINA.—(*Que está mirando a la calle a través de los cristales*) ¡Arrea!

CECILIA.—¡Lina!

ROSARIO.—Hija mía, ¿qué quiere decir eso de «arrea»?

LINA.—Un gachó que llevan en hombros por la acera de enfrente. Por lo visto, ha cogido una trompa enorme.

ROSARIO.—(*Aterrada*) ¡Dios mío! ¡Un gachó! ¡Una trompa! ¡Qué horror! ¿Qué lenguaje es ese, Lina?

LINA.—Mira, mamá. ¿Sabes lo que pienso?

ROSARIO.—No, pero será una barbaridad...

LINA.—Que me gustaría coger una buena trompa esta noche...

ROSARIO.—¡Lina!!

CECILIA.—(*Riendo*) ¡Mujer!

LINA.—De las de alivio. Y no me importaría nada que me llevaran en hombros...

ROSARIO.—(*Estremecida*) ¡Tú, en hombros!! ¡Una hija mía! ¡Qué horror!

(Se enciende de pronto una luz muy viva en la ventana de enfrente. Lina se aparta del ventanal. A poco se apaga la luz)

LINA.—¡Toma!! El que faltaba.

ROSARIO.—Lina, no me asustes. ¿Qué ocurre?

LINA.—Nuestro vecino, el sentimental.

ROSARIO.—¿Quién es?

LINA.—Un fresco, como todos los sentimentales.

CECILIA.—Un pobre muchacho. Siempre que nos encuentra en la escalera a cualquiera de las tres, suspira y nos dice un piropo. Creo que es un estudiante de provincias que ha alquilado el cuarto de enfrente. Debe estar pasando la Nochevieja solo.

LINA.—De juega... Pero, como a mí me parece aburridísimo, esta noche no hay conversación, señor vecino. ¡Ea!

ROSARIO.—¡Pobre muchacho!

(Ríen las tres y de pronto irrumpe triunfal Paloma, portadora de una bandeja pequeñísima, con cuatro paquetitos de uvas)

PALOMA.—¡Las uvas!

(Todas vuelven a rodear la mesa)

ROSARIO.—¡Ah!

CECILIA.—A prisa... Faltan cinco minutos para las doce.

PALOMA.—¡Ay! ¡No se puede llegar tarde! Toma, mamá. Tú, Cecilia. Y tú.

LINA.—Venga.

PALOMA.—Pero ¿cómo oiremos las doce campanadas si no tenemos radio ni reloj?

ROSARIO.—No hace falta. Se oyen desde aquí las campanadas de la parroquia. Como el año pasado. ¿No os acordáis?

CECILIA.—Es verdad.

LINA.—¡Colosal! Si ahora tuviéramos un poco de música, apagaríamos la luz y sería como en las películas...

PALOMA.—*(Contentísima)* ¿Música? ¡Si la tenemos...!!

LINA.—¿De veras?

CECILIA.—¿Dónde?

PALOMA.—En el tercero. Un poco lejos, pero se oye. En el tercero hay una fiesta con gente de etiqueta y músicos, y todo...

CECILIA.—¿En casa de Laura Montenegro?

LINA.—¿La estrella de cine?

PALOMA.—La misma. Es una cursi. El otro día la esperé en el portal, le pedí un autógrafo para mi álbum y puso «A mi pequeña amiga...». ¡Figúrate tú!

LINA.—(*Irónica*) ¿Te enfadaste por lo de amiga?

PALOMA.—(*Dignísima*) No, señora, me enfadé por lo de pequeña...

LINA.—¡¡Ah!!

(Ríen todas)

PALOMA.—Pero si ahora abrimos la puerta oiremos desde aquí la música de su casa...

(En efecto. Abre la puerta y entra en escena el eco lejano de un vals sentimental. Las otras palmotean y Paloma se vuelve con una triunfal alegría en el rostro)

¿Se oye?

LINA.—Pero si es una maravilla. Hasta se puede bailar. Ven aquí...

(Coge a Paloma de la cintura y bailan. Ríen Cecilia y Rosario)

PALOMA.—(*Apoya su cabeza en el hombro de Lina mientras bailan*) ¡Ay, ahora, sí, de verdad: se cierran los ojos y parece que estamos en el Palace! (*Risas*) Caballero..., las declaraciones de amor me emocionan muchísimo. No lo puedo remediar.

LINA.—(*Irónica*) ¿Se le han declarado a usted muchas veces?

PALOMA.—Catorce.

LINA.—¡Pche! Lo corriente. Pero de quien estoy yo enamorado es de su hermana Lina. Es tan bonita... Y tiene una figura espléndida...

PALOMA.—¡Pche!... No se fíe. Cuando se la ve de cerca pierde mucho.

LINA.—¡¡Miserable!!

(Dejan de bailar. Paloma se escapa de los brazos de Lina y corre disparada alrededor de la mesa camilla. Lina la persigue aparentando una gran furia. Cecilia ríe con toda su alma y Rosario divertida intenta separarlas)

PALOMA.—¡¡Socorro!! ¡Socorro!

LINA.—¡La ahogo!!

ROSARIO.—Hijas mías. ¿Qué escándalo es este?

CECILIA.—(*Gritando más que las otras*) ¡Cuidado chicas! (*Todas se detienen*).

PALOMA.—¿Qué pasa?

CECILIA.—¡Que van a dar las doce! Faltan tres segundos...

TODAS.—¡Ay!! ¡Las doce! ¡Año Nuevo!

(Gritan alegremente las tres muchachas. Lina se dirige al conmutador de la luz y apaga)

LINA.—¡Atención!

(La habitación ha quedado a oscuras. Un rayo de luna que irrumpe victoriosamente por los cristales del ventanal ilumina débilmente en azul el grupo de las tres muchachas, que junto a la mesa rodean a la madre, cada una con su paquetito de uvas en la mano. Se corta bruscamente la música del tercero, hay un silencio lleno de cuchicheos)

CECILIA.—¿Estás ahí, mamá?

ROSARIO.—Sí, hijas mías...

PALOMA.—¿Quién me ha pisado?

LINA.—Si no calláis no oiremos el reloj...

PALOMA.—¡Ay, esto es muy emocionante!

(De pronto, sobre la noche caen las doce campanadas, lentas y suaves, solemnes pero casi alegres. Como fondo, los músicos del tercero tocan el comienzo del «vals de las velas» o una canción alemana de pascua gravemente romántica.¹ En escena un gran silencio que a veces se interrumpe por las risitas sofocadas y el cuchicheo imperceptible de las cuatro mujeres que comen con apresurada alegría los doce granos de uvas de Nochevieja.

1 *Vals de las velas*: así se llama la versión española de la tradicional canción escocesa «Auld Lang Syne (por los viejos tiempos)», procedente de un poema de Robert Burns (1788). La versión española más conocida es la del guitarrista, violonchelista y tanguista canario Rafael Jáimez Medina (1942), en arreglo de Manuel Salina. El texto nada tiene que ver con el original: «Igual que en viejos tiempos/con solemne ritual,/se apaga de una a una/de las velas el brillar./Igual que en viejos tiempos/prometemos recordar/las horas de felicidad/que acabamos de pasar./No importa si un destino cruel/nos ha de separar,/por siempre nos querremos bien/ de estas horas recordar».

Alguna se atraganta y tose. Cuando el reloj de la parroquia da su última campanada, hasta el público llega, aunque apagado, el estallido jubiloso de la alegría callejera. Muchas voces confusas dan vivas al Año Nuevo. Se hace la luz en escena. Las tres muchachas rodean a la madre con efusión)

LAS TRES.—¡Mamá! ¡Mamaíta!

ROSARIO.—¡Feliz Año Nuevo, hijas mías!

(Las besa emocionada, una tras otra. Las chicas también se besan entre sí)

CECILIA.—Gracias, mamá... ¡Feliz Año Nuevo!

ROSARIO.—Un beso, Lina.

LINA.—¡Y cien!

PALOMA.—¡Un beso, mamaíta!

ROSARIO.—¡Mi pequeña!

PALOMA.—¡Felicidades!

LINA.—¡Felicidades! ¡Hay que brindar!

(Lina, entretanto el diálogo anterior, ha llenado las cuatro copas)

PALOMA.—¡Sí, sí!

CECILIA.—¡Estupendo! ¿Por qué brindamos?

ROSARIO.—Brindaremos...

PALOMA.—*(Interrumpe jubilosa)* ¡Espera, mamá! Brindaremos porque se logre lo que más desee cada una esta noche... Pero, en secreto. ¿Queréis?

CECILIA y LINA.—¡Sí, sí!

ROSARIO.—Está bien. ¡Porque se logre lo que desea cada una de mis hijas...! ¡Por su secreto!

(Beben. Cuando terminan, las tres muchachas dejan su copa despacio sobre la mesa y pensativas callan con los ojos sobre el mantel... Hay un silencio largo. Rosario sonríe con un poco de amargura y lleva la mirada de una en otra. Del tercero sube una nueva pieza de música, muy dulce)

CECILIA.—*(Al fin)* ¡Qué silencio!

LINA.—¡Parece que ha pasado un ángel!

ROSARIO.—Lo que ha pasado es la carroza blanca...

PALOMA.—¿La carroza blanca?

CECILIA.—¿Qué es eso, mamá?

ROSARIO.—(*Sonríe*) Vuestro padre decía que los hombres y las mujeres cuando sueñan van por la vida en carroza blanca. Muchas noches a esta hora, él me decía: «Adiós, Rosario. Me voy en mi carroza blanca a recorrer el mundo. Volveré mañana». Se reía, cerraba los ojos, y ya no era mío hasta la vuelta. (*Con sonriente amargura*) Nunca supe a dónde le llevaba su carroza; solo sabía que era lejos, muy lejos de mí. Al regreso, cuando la vida le hacía llorar, me llamaba... Así era su amor. (*Una suavísima pausa*) A vosotras también se os ha llevado en este instante la carroza blanca. Acaban de dar las doce campanadas de Año Nuevo y es la hora en que todo el mundo sueña con la felicidad... (*Muy emocionada*) ¡Cómo no vais a soñar vosotras, hijas mías, mis pobres hijas! Las tres muchachas de la buhardilla, como os llaman en la vecindad.

LINA.—¡Oh, mamá!

CECILIA.—¡Mamá, por favor!

ROSARIO.—Adiós, hijas mías. Me fatigo. Estoy muy cansada... Mañana no os despertaré temprano. Es fiesta. Si me necesitáis, llamadme. Buenas noches, hijas mías...

CECILIA.—Te acompaño, mamá...

ROSARIO.—(*Al salir*) Paloma, hija. Creo que debes cerrar la puerta. La música es bonita, pero hace frío, mucho frío...

PALOMA.—¡Pobre mamá! Se va llorando...

LINA.—Lo dicho: hemos hecho el número sentimental.

(Salen Lina y Cecilia con su madre. Paloma sola va a la puerta del fondo y la abre casi de par en par. Paloma, muy feliz da unos pasos de baile por la habitación y se detiene ante la gran vidriera. El cielo está lleno de estrellas. Paloma apaga la luz de la lámpara. Todo queda en sombras. Paloma se sienta en el alféizar del ventanal y con la cabeza apoyada en la jamba contempla el cielo y la noche. Un rayo de luna cae sobre la muchacha. Pausa larga. Al cabo entra Lina por donde se fue y se detiene sorprendida en la oscuridad)

LINA.—¡Paloma!

PALOMA.—(*Bajo, sin moverse*) ¡Chisss! No grites... Estoy aquí.

LINA.—¿Por qué has apagado la luz?

PALOMA.—Se está mejor así. Ven...

(Lina avanza a tientas hacia el ventanal y una vez allí se sienta también en el alféizar apoyada en la otra jamba frente a Paloma. Una pausa. Las dos inconscientemente, quizá sugestionadas por las oscuridad y el silencio, hablan a media voz)

LINA.—Tienes razón. Se está bien aquí... Dan ganas de no acostarse. Es tan bonita esa música.

PALOMA.—Es «Cerca del tranquilo lago».

(Pausa. Paloma mira hacia arriba, Lina hacia abajo)

¡Qué cerca está el cielo! Parece que se toca con la mano...

LINA.—¡Qué alegre está la calle esta noche... Daría algo por ser una de esas chicas que corren y gritan. Y daría saltos... Y vivas; que viva todo: ¡El rey de Inglaterra y el Emperador del Japón! ¡Qué más da! *(Ríe divertida)* Fíjate en aquel grupo de la esquina... Vestidos de «smoking» y sin abrigo, como si no fuera diciembre, y con un gorro de papel. ¿Qué cantan? Bueno, lo que cantan será mejor no oírlo...

(Una pausa. Lina vuelve la cabeza hacia Paloma)

Oye, tú. ¿Es que no oyes?

PALOMA.—*(Despertando)* ¿Qué?

LINA.—¿Se puede saber dónde estabas?

PALOMA.—*(Sonríe soñadora)* En la India.

LINA.—¡Sopla! *(Ríen bajo las dos)* No, si papá tenía razón: en carroza blanca se va a todas partes. No hay problemas de ferrocarriles, ni hay que sacar salvoconducto... ¿Y se puede saber qué haces en la India?

PALOMA.—Voy en viaje de bodas.

LINA.—¡Ah, ya! Imponente. ¿Y cómo se está por allí a estas horas?

PALOMA.—¡Oh! ¡En las noches de luna como esta, la selva es fantástica! Claro que también hay tigres, pero comprenderás que en plena luna de miel no nos vamos a entretener en matar tigres!

LINA.—Claro, claro... Es natural.

PALOMA.—*(Ríe bajo)* Oye, Lina. ¿Dónde estarías tú ahora si pudieras escaparte de aquí?

LINA.—Te diré. En la «boîte» de la esquina...

PALOMA.—¡Oh!

LINA.—Yo, cuando sueño, hago menos turismo que tú... En la «boîte» de la esquina hay un negro estupendo que canta como Negrete y una orquesta mejicana.² Eso es lo bueno. Lo deben de pasar de miedo... Esta noche hay un cotillón y regalos y «champagne»... Estará borracho hasta el tío del uniforme verde que abre la puerta de los coches... Una gloria.

PALOMA.—Bueno. Es que tú eres una coqueta...

LINA.—Un poco. Lo justo para que no la tomen a una por una cualquiera. Ya se sabe: las verdaderas coquetas no coquetean nunca...

(Otra pausa. Por donde se fue ha entrado Cecilia lentamente. Se sienta en un sillón y solloza)

LINA y PALOMA.—¿Eh?

PALOMA.—¡¡Cecilia!!

(Se apartan las dos del ventanal. Paloma corre, enciende la luz y cae de rodillas a los pies de Cecilia. Lina cierra la puerta de la escalera y se une a las otras. Cecilia se ruboriza como una niña)

LINA.—¡¡Cecilia!!

PALOMA.—Cecilia... ¿Por qué lloras?

LINA.—¿Qué ha sucedido?

CECILIA.—No es nada... pensé que os habíais acostado. Es que a veces se llora sin saber por qué.

PALOMA.—¡No!

CECILIA.—Quizá estoy un poco nerviosa. Hemos bebido algo. Solo sé que tengo ganas de llorar y llorar... *(Solloza)*.

LINA.—¡Chica!

PALOMA.—*(Arrodillándose al lado de Cecilia y cogiéndole las manos con mucha ternura)* Eres desgraciada, ¿verdad Cecilia?

CECILIA.—¡Bah!

PALOMA.—Solo las cursis lloran cuando son demasiado felices. Y tú no eres cursi...

CECILIA.—¿Quién te ha enseñado eso?

² *Negrete*: Jorge Negrete (1911-1953), actor y cantante mexicano, revolucionó la música ranchera y la dio a conocer por todo el mundo. Su fama mundial comenzó con la película *¡Ay Jalisco, no te rajes!* (1941).

PALOMA.—Lo he aprendido yo sola. Está visto. Las mejores cosas las aprende una sola. Esta noche yo sé lo que te ocurre, Cecilia... Tú también vas de viaje en la carroza blanca, ¿verdad?

(Una levísima pausa. Cecilia acaricia la cabeza de Paloma puestos los ojos en el vacío y habla para sí misma como en un soliloquio)

CECILIA.—Sí... Eso es. Ha sido esta noche, ahora mismo, cuando han dado las doce y tú has querido que cada una brindara por lo que más desea. Al veros alrededor de esa mesa he comprendido, de pronto, que ya sois unas mujeres como yo, que no sois aquellas niñas para las que hace unos años yo tenía que trabajar día y noche en esa máquina de escribir. Ya no os puedo proteger ni velar por la noche. Y ahora que he perdido aquellas criaturas, que eran mis hijas, ya sé qué me falta, ya sé cuál es mi sueño escondido que no lograré nunca...

LINA.—Yo te entiendo, Cecilia. Aún es tiempo.

CECILIA.—*(Sonríe)* No... Es muy tarde.

(Un silencio)

PALOMA.—¿Has tenido algún novio?

CECILIA.—*(Ruborizándose)* No. Ya sabéis que no...

PALOMA.—¿Ni en secreto?

CECILIA.—Ni en secreto...

PALOMA.—Una lástima. Son los mejores. Tener un novio en secreto debe ser una aventura como tener un amante, pero más decente...

(Ríen Cecilia y Lina. Paloma se sienta en el brazo del sillón y semiabraz a Cecilia. La besa)

Así... Ríete. Si vieras qué guapa estás riéndote.

CECILIA.—¡Pequeña!

PALOMA.—¡No me llames pequeña!

CECILIA.—¡Criatura!

PALOMA.—Ni criatura tampoco. ¡Tengo diez y siete años!

LINA.—*(Irónica)* Naturalmente, mujer. Un poco de respeto. Es lo que se dice una mujer de experiencia.

PALOMA.—¡Búrlate! Pero no sigáis creyendo que soy una niña. Debéis ver que soy una mujer como vosotras y sería mejor que las tres nos contáramos nuestras cosas y no tuviéramos que llorar a escondidas. ¡Sobre todo esta noche!

CECILIA.—¿Qué quieres saber, Paloma?

PALOMA.—(*Muy sonrojada*) ¡Je! Tantas cosas... (*Un silencio fugaz*) Las cosas que debe saber una muchacha como yo. Las cosas que pasan en la vida. Eso... (*Transición*) ¿Te ha besado algún hombre, Cecilia?

CECILIA.—(*Con sobresalto*) Pero, ¡isi te he dicho que nunca tuve novio!

PALOMA.—(*Mundana*) Bueno. Eso no importa.

LINA.—¡Mira! Esto es verdad.

CECILIA.—(*Alarmada*) ¡Lina!!

LINA.—(*Contempla a Paloma admiradísima*) Pues resulta que sí, que esta chica tiene experiencia...

PALOMA.—Y a ti, Lina. ¿Te han besado?

LINA.—(*Fuma sin mirar ahora a sus hermanas, siguiendo con los ojos el humo del cigarrillo*) Sí...

PALOMA.—¡Ay, cuenta, cuenta...!

LINA.—Una vez.

CECILIA.—No me lo habías dicho.

LINA.—¿Para qué? Me hubieras reñido. Tú has sido siempre para nosotras como otra mamá, más temible que mamá.

PALOMA.—Apuesto a que sé cuándo fue eso del beso. Una noche que fuiste al cine con los muchachos de la oficina y no viniste a cenar. Recuérdalo... Mamá y Cecilia se pusieron nerviosísimas.

LINA.—No, no fue esa noche. La pobre mamá como es del antiguo régimen, cree que esas cosas pasan solo de noche. Y ya ves, fue un domingo por la mañana en el Retiro. Hace cuatro meses. Lo recuerdo bien. Hacía calor... Un grupo de amigos nos habíamos hecho fotografías en las escaleras del monumento a Alfonso XII. Él y yo nos apartamos un poco paseando... Acababan de regar los paseítos de arena y había un olor maravilloso a tierra mojada. Fuimos hasta el estanque del Palacio de Cristal... Me cogió de la cintura... Allí fue.

PALOMA.—(*Que ha escuchado atentísima*) ¿Y cómo es, Lina?

LINA.—¿El qué?

PALOMA.—Eso... Un beso.

LINA.—(*Titubea*) No se puede explicar. Es una cosa rara. Tenía los labios blandos y calientes...

CECILIA.—¡Calla! (*Transición*) No, no... Di. Y él, ¿qué te decía?

PALOMA.—(*Desenvueltísima*) Mujer, las cosas que dicen siempre los hombres en estos casos: guapa, tesoro, cielo...

LINA.—(*Sonríe*) No, no, no... Nada de eso. Él estaba muy emocionado. Solo decía: «Alma mía».

CECILIA.—(*Saboreando las palabras*) ¡Alma mía!

PALOMA.—¡Alma mía! Es precioso...

LINA.—Sí, es muy bonito oírlo... Pero en otro hombre. El muchacho era demasiado vulgar. Me prometió que me esperaría allí, en el mismo sitio, todos los domingos de su vida. Y me han dicho que cumple su promesa. Ya veis.

PALOMA.—¡Dios mío! (*Encantada*) ¡Qué romántico!

LINA.—¡Sí! No era más que eso. ¡Romántico! Poca cosa para hacerse querer. Todos los sentimentales no son tontos; pero, desde luego, todos los tontos son muy sentimentales... También hay mujeres muy feas que son muy virtuosas. Pero es una virtud que tiene poco mérito. Lo difícil es ser un poco bonita y ser buena... ¡Eso, sí! (*Se va excitando*) Lo horrible es ser todas las mañanas mecanógrafa del Catastro y por la noche encerrarse aquí, entre estas cuatro paredes miserables, a la hora en que otras mujeres que no son mejores que yo, ni más bonitas, empiezan a vivir y a triunfar... ¡Otras mujeres, que tienen planes y vestidos y automóviles y joyas!

CECILIA.—¡¡Lina!! ¡¡Cállate!!

PALOMA.—(*Asustadísima*) ¡Lina!

LINA.—¡No quiero callar! ¡¡No me da la gana!! Un día no podré más y saldrá todo lo que tengo aquí metido en la cabeza... ¡Y huiré de esta casa! ¡¡Y del Catastro!! Y no me veréis más... Será una locura. Pero la haré... Y tendré todo lo que tienen las otras. Porque no puedo resistir esta vida. ¡Me ahoga, me ahoga! Ya estoy cansada de fingir para que mamá no sufra. ¡¡Estoy harta de disimulo!! No puedo más, Dios mío, no puedo más...

(*Y sollozando corre hasta el ventanal del fondo y allí, sentada en el alféizar esconde la cara entre las manos y se estremece convulsivamente...*)

CECILIA.—(*Serena, pero amenazadora*) No hables así, Lina... ¿Lo oyes? No quiero oírte más. Das miedo, das asco; hablas como una... (*Solloza*) ¡Oh, Dios mío! (*Y se tapa la cara con las manos*).

PALOMA.—(*Duda un momento entre las lágrimas de las dos, y al fin se dirige corriendo hasta Lina y la acaricia con timidez y mimo*) Pobre Lina... Anda, no llores. Todo cambiará. Lo que pasa es que en el fondo, tú eres una mujer fatal... ¡Ay! No, no te enfades. Es que, claro, no sé lo que digo, Lina, hermanita. No llores más que se te van a caer las pestañas y sin pestañas no hay manera de ser mujer fatal... ¡Y dale! No digo más que tonterías... Pero te entiendo, Lina.

Muchos días, cuando os veo salir juntas a la oficina para tomar el mismo tranvía de todas las mañanas y escribir en la misma máquina y pienso que dentro de poco yo tendré que hacer igual que vosotras, no lo puedo remediar, me pongo muy triste... (*Suspira*) Pero yo no lo haré...

CECILIA.—¿De veras?

LINA.—(*La mira atónita entre sus lágrimas*) ¿Te vas a dedicar al cine?

PALOMA.—¡Oh! Tengo otros proyectos... Lo he pensado mucho.

LINA.—¡¡Ah!!

CECILIA.—¿Sí?

(Vuelve la sonrisa –una sonrisa triste– a Cecilia y a Lina que aún se seca las lágrimas. Paloma pasa al centro de la habitación y habla y acciona felicísima. Las otras la siguen después)

PALOMA.—Sí, sí. Pienso casarme.

CECILIA.—¡Magnífico!

LINA.—¡Qué ideas tan originales tiene esta chica! Lo que se le ocurre a ella no se le ocurre a nadie...

CECILIA.—(*Cariñosamente burlona*) Bueno. Pero ¿quién es él? ¿Le conoces?

PALOMA.—¡Claro! Lo veo todas las noches.

CECILIA y LINA.—(*Acercándose alarmadísimas*) ¿Eh? ¿Qué dice?

PALOMA.—(*Ríe*) Es que aunque vosotras no lo sepáis, yo hago bastante vida nocturna.

LINA.—Pero ¿tú oyes, Cecilia?

CECILIA.—¿Qué locuras dices, Paloma? ¿No querrás decir que te has escapado de casa alguna noche?

PALOMA.—Anda... Muchísimas.

CECILIA y LINA.—¡Paloma!

PALOMA.—Como os lo digo. Una noche estuve a punto de marcharme a París...

LINA.—¡Se ha vuelto loca!

CECILIA.—¡Paloma!

PALOMA.—(*Inefablemente dichosa*) Es muy fácil... Se apaga la luz, se cierran los ojos y entonces se va una donde quiere...

(Cecilia y Lina respiran profundamente. Cecilia ríe con toda su alma)

CECILIA.—¡Acabáramos! ¡Qué susto me has dado!

PALOMA.—(*Gustando sus propias palabras. Casi fascinada*) A él le conocí una tarde del mes de marzo...

LINA.—¡Arrea! ¡Con fecha y todo!

CECILIA.—¿Y cómo es?

PALOMA.—¡Oh! Imponente.

LINA.—Lo creo... Los hombres así, en sueños resultan muy favorecidos...

PALOMA.—Es un hombre mayor; tiene algunas canas. Lo prefiero. Los muchachos jóvenes resultan muy aburridos para las chicas de mi edad. ¡Ah! ¡Y es muy célebre! Lo conoce todo el mundo...

CECILIA.—¡¡Ah!!

LINA.—¡¡Toma!!

PALOMA.—No estoy segura de lo que es, pero es un hombre famosísimo. Es uno de estos hombres que pasan la vida viajando, en barco, en tren o en avión. De Londres a París, de París a la Costa Azul... De pronto empieza a refrescar en la Costa Azul y izas! Se compra un traje blanco y a la India que se está muy bien...

(Ríen las hermanas. Ella gusta sus palabras)

Aquella tarde yo estaba a la puerta de la Escuela. Él pasó... Se quedó mirándome muy sonriente y me dijo: «Señorita, tiene usted unos ojos muy bonitos. Se parece usted mucho a Greer Garson».³

LINA.—¡Digo! Como que en Hollywood os confunden...

PALOMA.—(*Sin oírla*) Después, no sé. Todo lo que ocurrió aquella tarde lo veo muy confuso... ¡Hace tanto tiempo!

CECILIA.—(*Atrayéndola a sí, tiernamente*) Pero, chiquilla... ¿Qué dices? ¿No fue todo un sueño?

PALOMA.—(*Clavando en Cecilia sus ojos muy abiertos*) A veces no lo sé, Cecilia...

CECILIA.—¿Cómo?

PALOMA.—Lo que pasó aquella tarde no es un sueño... Fue verdad. Estoy segura... Pero el hombre que veo todas las noches cuando cierro los ojos, es siempre el mismo. ¡Y es aquel! El hombre que me habló a la puerta de la Escuela...

CECILIA.—¡Paloma!

PALOMA.—Si le viera, le reconocería porque estoy segura de que no es un fantasma. ¡Ese hombre existe! Recuerdo, sobre todo, sus ojos... Y además, Cecilia,

³ *Greer Garson*: actriz (1904–1996) especialmente famosa en la primera mitad de los años 40; su primera película americana como protagonista fue *Adiós, Mister Chips* (*Goodbye, Mr. Chips*, 1939) por la que recibió una nominación a los Óscar. Lo ganó con *La señora Miniver* (1942).

hermanita, me da mucha vergüenza decírtelo, pero estoy enamorada de él...

CECILIA.—(Con sobresalto) ¡Paloma!

(Paloma apoyada en el hombro de Cecilia solloza muy suave y bajo. Cecilia la acaricia confusa y mira interrogante a Lina)

¿Tú oyes?

LINA.—(Suspira y se lleva una mano a la sien) Fantasías. No me choca nada. Esta chica nos dirá un día que es la reina de Egipto. Y se quedará tan fresca.

(Va a la mesa y llena tres copas)

Lo mejor será que bebamos otro poco. Todavía queda jerez... A ver si nos alegramos porque se ha puesto la noche demasiado sentimental. Toma, Cecilia... Y tú, Greer Garson. Me tienes que presentar a ese Melwyn Douglas.⁴ *(Cecilia y Paloma dócilmente beben y sonríen)* ¡Y venga música! *(Corre a la puerta de la escalera y la abre. Respira fuerte)* ¡Otra vez «Cerca del tranquilo lago»! Si supiera Laura Montenegro que las tres muchachas del último piso disfrutaban de la música que a ella le sobra...

(Sale al rellano de la escalera y se apoya de codos en la barandilla. Cecilia y Paloma, cogidas de la cintura se encaminan muy despacio hasta la escalera... De pronto, Lina muy contenta vuelve corriendo hasta la puerta y llama desde el rellano)

LINA.—¡Chicas! ¡Cecilia! ¡Paloma!

CECILIA.—¿Qué ocurre?

LINA.—¡Venid! Todavía están llegando invitados a casa de Laura Montenegro. Desde aquí se les ve cuando salen del ascensor... Van elegantísimos. Es una gente de aúpa.

(Cecilia y Paloma salen con ella al rellano)

PALOMA.—¡Ay! ¿Sí?

⁴ *Melwyn Douglas*: actor norteamericano cuyo verdadero nombre era Melvyn Edouard Hesselberg (1901-1981). Era el clásico galán, por ejemplo en *Ninotchka* (dir. Ernst Lubitsch, 1939) donde hacía pareja con Greta Garbo. Entre 1931 y 1949 estrenó veintinueve películas.

CECILIA.—A ver...

(Las tres se apoyan en la barandilla y miran interesadísimas a lo que sucede en el rellano inferior)

LINA.—¡Mirad!

LAS TRES.—¡¡Oh!!

CECILIA.—¡Qué lujo!

LINA.—¿Quién será esa señora tan gorda?

PALOMA.—Mujer. Es que en todas estas fiestas debe haber una señora gorda. Ya se ve en el cine.

(Ríen las tres)

CECILIA.—¡Chiss! Pueden oírnos... ¡Cuidado!

LINA.—Mira. Un invitado solitario... ¿Lo veis? Sube andando. ¡Eso es un tío «chic»!

PALOMA.—Parece un gran señor... No se le ve la cara.

LINA.—¡Ay, ay!

CECILIA.—¿Qué?

LINA.—Que nos ha visto...

CECILIA.—¡Qué vergüenza!

PALOMA.—¡Se ríe! ¡Y se quita el sombrero!!

LAS TRES.—¡Ay!

(Y las tres corriendo, entre divertidas y ruborizadas se cuelan de nuevo en la habitación)

CECILIA.—Qué vergüenza... Sois unas locas.

(Ríen Lina y Paloma)

¿Qué pensará ese hombre de nosotras?

(Ríen las tres alborozadísimas, y de pronto, en el rellano de la escalera, ante la puerta, aparece la figura de un hombre. Es un hombre de mediana edad. Bajo el abrigo negro se le descubre un frac impecable. La lámpara invisible que pende del techo

del rellano le ilumina ampliamente. Se detiene y sonríe en el umbral...)

CARLOS.—Buenas noches...

LAS TRES.—(Sofocadas) ¡¡Ay!!

CARLOS.—Buenas noches. Discúlpenme si las he asustado.

(Ellas se agrupan a un lado de la escena. Cecilia en el centro. Lo miran con ojos muy abiertos)

PALOMA.—¡Ay, Cecilia!

CECILIA.—¿Quién es este hombre?

LINA.—No lo sé... Pero está muy bien.

CECILIA.—(Mirándole fijamente) Buenas noches...

CARLOS.—¿Llego a punto?

PALOMA.—(Muy bajo) Yo creo que sí...

LINA.—¡Y yo!

CECILIA.—Callaos...

CARLOS.—Perdónenme... Me he retrasado un poco más de lo debido. He tomado una copa de «champagne» en el Ritz con unos viejos amigos. No pude evitarlo. Pero aquí estoy dispuesto a pasar la velada con ustedes.

CECILIA.—Pero ¿oís?

LINA.—¡Esto es estupendo!

PALOMA.—Yo creo que puesto que viene a pasar la velada con nosotras, lo más natural es decirle que se siente...

LINA.—¡Claro!

CECILIA.—(Alto, sin dejar de mirarle) Caballero, ¿quién es usted?

CARLOS.—(Sorprendido) ¿Yo?

CECILIA.—Sí, claro... Usted.

CARLOS.—¿No me conocen ustedes?

CECILIA.—(Muy tímida) No...

PALOMA.—No importa. ¡Siéntese usted!

(El visitante sorprendido las examina largamente. Una pausa. Mirándolas sonriendo ahora con verdadero encanto. Sus ojos van de una a otra muchacha y no se sabe en quién se detiene más. Al fin, suelta una gran carcajada)

PALOMA.—¡Se ríe!

LINA.—Ya, ya.

CARLOS.—Vamos, confiesen ustedes que las he asustado... (*Ríe muy divertido*)
¿Qué les parece? ¿Una aparición? ¿Un fantasma de Año Nuevo? Porque yo
creo que esta noche también hay fantasmas. Señoritas... Vamos. No soy un
fantasma, ni un desahogado. A lo más soy un sentimental. Perdónenme si
me he colado en su casa de rondón. (*Transición*) Pero, quia. Me niego a
pedirles perdón. ¡No faltaría más! La culpa es de ustedes...

CECILIA.—¿Nuestra?

CARLOS.—Sí, señorita... Yo subía la escalera de esta casa porque vengo invitado
a la fiesta de Laura Montenegro. De pronto he oído unas risas... He mirado
hacia arriba y eran ustedes. Y no pueden imaginarse qué delicia era verlas a
las tres muy juntas, muy risueñas, muy bonitas..., como tres ángeles o como
tres pájaros.

PALOMA.—¡Oh!

LINA.—Es simpatiquísimo...

CARLOS.—Y entonces he comprendido que la vida no es tan triste como yo creía,
mientras pueda verse a tres mujercitas como ustedes. Ustedes se escondieron
en su habitación y yo no quise resistir la tentación de sorprenderlas en su
propio nido. Y ya puedo marcharme. (*Transición*) ¡Ah! Pero ¿les he dicho a
ustedes ya que me parecen encantadoras?

(*Las chicas se miran entre sí y ríen*)

CECILIA.—Gracias... Es usted muy amable con nosotras. Pero la verdad es...

CARLOS.—(*Sonríe*)... que no saben ustedes quién soy. Me presentaré. (*Se inclina*)
Señoritas, Carlos Boy, servidor de ustedes...

PALOMA.—(*Contentísima, casi en un grito*) Pero ¿es usted Carlos Boy?

CARLOS.—Sí, señorita.

PALOMA.—(*Volviéndose a sus hermanas*) ¡Cecilia! Pero ¡si es un hombre célebre!

CARLOS.—(*Muy divertido*) ¡Ah! ¿Usted cree, señorita?

CECILIA.—¡Paloma!

PALOMA.—¡Usted es Carlos Boy! ¡Usted es el que canta «Bahía» por la radio?

CARLOS.—(*Sonríe*) El mismo, señorita. Canto en la radio, en los cabarets y a veces
en las películas... Me paso la vida cantando. Es una lata. Pero no tengo más
remedio.

PALOMA.—(*Avanza unos pasos hacia él*) ¡El famoso Carlos Boy!

CECILIA.—¡Oh, Paloma!

PALOMA.—Por favor...

CARLOS.—Señorita...

PALOMA.—¿Quiere usted firmarme un autógrafo?

CARLOS.—¡Encantado!

CECILIA.—(*Sonríe*) Discúlpela usted... Esta chiquilla es atrevidísima.

CARLOS.—Es un encanto.

PALOMA.—Tome usted... ¡Aquí!

(Le da el libro abierto. Él saca una estilográfica y escribe sonriendo. La muchacha le mira fascinada)

LINA.—Es simpaticuísimo...

CARLOS.—¿Quiere usted decirme su nombre?

PALOMA.—Ya lo creo... Paloma Sandoval.

CARLOS.—Gracias. (*Después de escribir unas palabras*) Ea, listo.

PALOMA.—(*Toma el libro y lee*) «A Paloma Sandoval, íángel cerca del cielo! ¡Feliz Año Nuevo! Carlos Boy». Precioso... Es una preciosidad. ¡Muchas gracias!

CARLOS.—¡Oh! (*Volviéndose a Lina y a Cecilia*) Señoritas... ¿Ustedes no tienen álbum de autógrafos?

CECILIA.—No...

LINA.—No, no...

CARLOS.—¡Qué lástima!

CECILIA.—¿Por qué?

CARLOS.—Porque a cambio de dos firmas más me habría enterado de cómo se llaman ustedes... (*Ríen francamente las tres muchachas*) Paloma, usted que ya es mi vieja amiga, ¿quiere presentarme a estas señoritas?

PALOMA.—(*Contenta*) ¡Ya lo creo! (*Corre hacia sus hermanas y toma a cada una de un brazo*) Mi hermana Cecilia, mi hermana Lina.

(Carlos hace una gran reverencia. Las muchachas inclinan la cabeza sonriendo)

LINA.—Encantada...

CECILIA.—Mucho gusto, señor Boy. Es imperdonable que no le hayamos conocido. Su fotografía la publican los periódicos casi a diario...

CARLOS.—(*Alegre*) No, no... Si es natural. Los periódicos publican mis fotografías de hace veinte años. No uso otras. Por suerte para Laura Montenegro los periódicos publican la última noticia, pero jamás la última fotografía...

(Ríen las tres)

CECILIA.—No parece usted muy galante con Laura Montenegro.

CARLOS.—Poquísimos. Y no me arrepiento. La detesto... Y ella me odia. Me invita esta noche a su fiesta porque a los dos nos han contratado para hacer juntos una película... Se titula «Contigo, al cielo». Figúrense ustedes. ¡Yo, al cielo con la Montenegro! Parece mentira que el autor del guión, un hombre con cinco hijos, tenga tanta imaginación...

(Ellas ríen. Él las contempla feliz. Y un poco fascinado)

¡Cecilia, Lina, Paloma! ¡Qué bonitas son ustedes!

LAS TRES.—*(Muy juntas se agitan ruborizadas)* ¡Oh!

CARLOS.—Esta noche me dormiré pensando en tres ángeles que he descubierto en lo alto de una escalera, cerca del cielo... Son ustedes tan diferentes a las mujeres que me esperan ahora en el piso de Laura. Dios mío, y esta habitación es tan sencilla, tan alegre... ¡Oh! Laura se asfixiaría en medio de esta sencillez. Ella necesita vivir entre espejos, pantallas y sillones dorados. *(Transición)* Cecilia, Lina, Paloma, ¿por qué no me han invitado ustedes esta noche? Los cuatro hubiéramos pasado una noche de Año Nuevo estupenda.

PALOMA.—*(Apenadísima)* Es verdad.

LINA.—No se nos había ocurrido. ¡Qué pena!

CECILIA.—La verdad es, señor Boy, que hasta ahora no le conocíamos...

CARLOS.—¡Caramba! Pues es cierto. Siempre se me olvida algún detalle... *(Transición. Muy serio)* Cecilia, ¿me permite usted que tome este pastel de chocolate?

(Rompen las tres muchachas en una carcajada y corren hacia la mesa camilla)

CECILIA.—¡Naturalmente!

LINA.—¡Desde luego! ¡Y una copa de jerez!

PALOMA.—¡Siéntese usted!

CARLOS.—Gracias, muchas gracias... *(Se zambulle el pastel)* Está riquísimo.

CECILIA.—¡Todavía hay uno de chocolate!

LINA.—¡Y uno de «chantilli»!

PALOMA.—Tome usted el jerez... ¡Beba!

CARLOS.—Ya lo creo. Pero ustedes beban conmigo...

CECILIA.—¡Sí, sí!

CARLOS.—¡Así! *(Una pausa. Las mira siempre)* Por ustedes...

(Las tres se inclinan sonrientes)

LAS TRES.—Gracias...

PALOMA.—¡Y por usted también!

CARLOS.—No me iría nunca de aquí... Tendrían ustedes que echarme. ¿Han visto ustedes qué triste es una tarde de lluvia? Pues para los hombres muy cansados de vivir, como yo, la vida es siempre eso: una tarde de lluvia que no termina nunca. Ahora, entre ustedes, es como si en la tarde de lluvia hubiera salido un ratito el sol... Cecilia, Paloma, Lina... ¡Adiós!

CECILIA.—Adiós, señor Boy.

LINA.—Adiós...

PALOMA.—Adiós... *(Las tres con sonriente melancolía)*.

CARLOS.—*(Ya casi en la puerta)* No sé... *(Sonríe)* Me sucede algo extraño. Estoy casi seguro de que volveré...

PALOMA.—*(Le mira deslumbrada y avanza un paso hacia él)* ¿De verdad?

CARLOS.—*(Mirándola feliz)* ¡Sí!

PALOMA.—*(De pronto)* Dígame, señor Boy: ¿va usted a cantar en la fiesta de Laura Montenegro?

CARLOS.—Sí... En realidad Laura me ha invitado para esto: para que cante y distraiga a sus invitados. Pero esta noche cuando cante en el salón de la Montenegro, mi canción irá dedicada a un ángel rubio que he descubierto cerca del cielo. ¡A usted! ¡Palabra de honor! *(Ya en el umbral)* Perdón, otra vez.

LAS TRES.—*(Muy bajo)* ¡Buenas noches!

(Carlos Boy ha desaparecido. Las chicas inmóviles en sus sitios le ven salir como encantadas. Paloma despacio sale a la escalera y desde el rellano alza la mano suavemente en despedida)

LINA.—Se fue...

CECILIA.—Qué cosas; cuando menos lo esperábamos...

LINA.—¡Ha sido formidable! ¡Carlos Boy aquí!

CECILIA.—Resulta muy simpático...

(Paloma vuelve y queda apoyada en la jamba de la puerta. Absorta)

PALOMA.—¡Lo sabía yo!

LINA.—Vamos. ¿A que resulta que le has conocido en alguno de tus viajes?

PALOMA.—*(Ensimismada)* ¡Cállate! ¡No sabes lo que dices!

(Cecilia con gesto de cansancio, se despereza un poco y cae rendida en un sillón. Apoya la cabeza y cierra los ojos)

CECILIA.—¡Qué cansada estoy! Tengo sueño...

LINA.—*(Bosteza y se tumba en el sofá)* Y yo. Debe de ser muy tarde... Las mujeres se volverán locas por él.

CECILIA.—Sí... Seguro. Con su fama y sus canciones. Estará acostumbrado.

LINA.—Oye, tú, pequeña. Apaga la luz... Me hace daño a los ojos y se está mejor a oscuras.

(Paloma obedece. Una pausa. Otra vez sombras de luz azul y en la ventana el haz blanco de la luna. Paloma avanza en la oscuridad y se sienta perezosamente, con los ojos fijos en el techo, entre Cecilia y Lina)

¿Os habéis dormido?

CECILIA.—No...

LINA.—*(Bosteza)* Hemos bebido demasiado. Estoy un poco mareada...

CECILIA.—*(Muy bajo)* Yo también...

LINA.—*(Ríe muy bajo)* Tenía razón papá... La carroza blanca es una cosa maravillosa. Se cierran los ojos...

CECILIA.—Sí... Calla.

LINA.—Esta noche me parece que voy a dar un paseo muy largo en mi carroza... ¡Ay, Dios mío! Puede usted subir conmigo, Carlos Boy... Cabemos los dos.

CECILIA.—Tiene unas canas muy bonitas...

LINA.—¡Oh, no se preocupe... En mi carroza hay sitio para los dos... Carlos, por favor, ¿quiere usted soltarme las manos? Pero que atrevidísimo es usted...

(Un sollozo sordo y bajo de Paloma)

PALOMA.—¡Cállate!

LINA.—¿Eh?

PALOMA.—¡No nombres a ese hombre! ¡No pienses en él! ¡¡No quiero!! ¿Lo oyes? ¡¡No quiero!!

LINA.—Oye, tú. ¿Es que ya tienes celos?

(Rompe el silencio una voz de hombre que canta «Bahía». Su voz llega clara y melodiosa hasta aquí por la puerta entreabierta. La voz de Paloma se oye radiante en la oscuridad)

PALOMA.—¡Silencio! ¿Le oís? Es él. Está cantando «Bahía». ¡Canta para mí!

LINA.—¡Oh!

PALOMA.—¡Chiss!...

(Escuchan. Paloma está ensimismada. Una pausa larga... De las manos de Cecilia y Lina se desprenden los cigarrillos encendidos que ruedan hasta el suelo. Ya duermen... Una pausa larga. Bruscamente, Paloma pónese en pie. Dirige los ojos a sus dos hermanas, ve que duermen y de puntillas se dirige a la puerta del fondo; y desaparece escaleras abajo cautelosa. Cecilia y Lina continúan inmóviles. Carlos Boy en el otro piso sigue cantando «Bahía». Un segundo más y cae muy despacio el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En el mismo lugar. De la pared del fondo ha desaparecido el calendario. Es una mañana fresca y risueña, con un inmenso jolgorio de luz en el cielo y en los tejadillos que se ven por la vidriera. Cae, sobre los baldosines inmediatos a la ventana, un rayo de sol. En la escena, Rosario, sola, ordena sobre la mesa las tazas del desayuno, y habla hacia sus hijas que están dentro.

ROSARIO.—Vamos, niñas mías, el desayuno... Son más de las nueve. Llegaréis tarde a la oficina y tú, Paloma, perderás la clase de francés... Vamos. ¿Se ha despertado Lina?

(Entra Cecilia)

CECILIA.—¡A Lina no hay quién la despierte! He ido a llamarla y se ha puesto furiosa. Me ha tirado un libro gordísimo...

ROSARIO.—¡Válgame Dios!

CECILIA.—*(Ríe)* Buenos días, mamá... Mi café, de prisa. Es tarde...

(Se oye dentro un chillido de Paloma)

PALOMA.—¡Ayyyyyy!

ROSARIO.—¡Jesús!

(Aparece Paloma, con una mano en la frente)

Paloma...

PALOMA.—No, nada. Ha sido Lina... He querido despertarla y me ha dado con un zapato en la cabeza...

ROSARIO.—¡Oh!

PALOMA.—Dice que ella no es una mujer vulgar y que no va a la oficina...

(Ríen Cecilia y Rosario)

ROSARIO.—¡Oh! Esa criatura es incorregible. Empieza dando disgustos por la mañana. Toma tú café, Paloma. Come más galletas, Cecilia.

CECILIA.—¡Imposible, mamá! No tengo tiempo. Como soy una chica vulgar no puedo llegar tarde a la oficina. Se enfadan muchísimo... Y aún no he terminado de arreglarme. ¡Ay, las nueva y media! ¡Qué horror!

(Entra corriendo en una de las habitaciones)

ROSARIO.—No has probado nada, Paloma... ¿Un poco más de café? Está riquísimo.

PALOMA.—No, mamá. Gracias...

ROSARIO.—*(Resignada)* Está bien... ¡Qué hijas, Señor! Cecilia, no desayuna apenas. A Lina no hay quien la saque de la cama y tú no tienes apetito. ¡Qué desorden! ¿Qué haces? Deja eso, yo lo recogeré todo... Tú también vas a llegar tarde a la Escuela de idiomas. Hoy es jueves y te toca francés...

PALOMA.—*(Con un poco de rubor)* Hoy no voy a clase, mamá... Hoy es un gran día.

ROSARIO.—Hija, hoy es jueves. Nada más.

PALOMA.—*(Se refugia en su madre y la mira a los ojos)* Mamá: hoy es el mejor día de toda mi vida...

ROSARIO.—¡Paloma!

PALOMA.—*(Con ternura)* Tengo que decirte algo muy importante, mamá. Pero no lo sabrá nadie más que tú... ¿Me lo prometes?

ROSARIO.—*(Con temor, mientras mira curiosa a los ojos de Paloma)* Mira, Paloma. A veces quisiera saber todo lo que pasa por esta cabeza, pero cuando llega el momento de tus confesiones creo que es preferible no saber nada...

PALOMA.—¡Mamá!

ROSARIO.—No, hija mía. No me cuentes nada. Tienes que ir a clase de francés...

PALOMA.—Pero, mamá *(Angustiada)* ¡Te he dicho que no iré! ¿No comprendes que hoy no importa ni el francés ni el inglés? Has de oírme, mamá. Es un secreto que hoy no puede conocer nadie, más que tú...

ROSARIO.—¡Un secreto! Pero, Paloma, quieres contarme un secreto a las nueve de la mañana... Imposible, hija mía. Un secreto tan temprano no se puede tomar en serio.

PALOMA.—*(Angustiada)* ¡No sabes lo que dices!

ROSARIO.—Calla, hija. *(La atrae y la besa)* Esta noche, después de cenar, cuando tus hermanas duerman, ya entraré en tu alcoba y me cuentas lo que quieras. Tú y yo, solitas las dos...

PALOMA.—*(Alarmada)* No, mamá, no. ¡Esta noche es demasiado tarde!

ROSARIO.—¿Tarde? ¿Por qué, hija mía?

PALOMA.—Porque esta noche, yo estaré muy lejos de aquí...

ROSARIO.—¿Eh? *(Ha sido un grito de sobresalto)* ¿Qué? ¿Dices que estarás muy lejos de aquí esta noche?

PALOMA.—*(Baja la cabeza feliz, ajena el alboroto de su madre)* Sí, mamá...

(Entra Lina. Se acaba de lanzar de la cama. Se acerca a su madre y la besa)

LINA.—Buenos días, mamaíta... Hola, cariño. Me parece que te he tirado algo cuando has entrado a despertarme. ¡Ay! Es una mala costumbre pero no lo puedo remediar... Bueno, ¿qué se puede tomar?

ROSARIO.—Tu café, tus galletas...

(Paloma, va al fondo y abre las hojas del ventanal. Entra un vaho como de mañana de primavera. Se oye el piar de muchos pájaros. Paloma de espaldas a las demás, ante el ventanal, frente a la mañana)

LINA.—Venga el café. Galletas, no, que engordan...

(Mientras habla, bebe el café que le prepara su madre en una taza)

ROSARIO.—¿Es cierto, Lina que no vas a la Oficina?

LINA.—¡Ni hablar! Con este día. Es primavera... ¿Oyes los pájaros, mamá?

ROSARIO.—Os oigo a vosotras...

LINA.—Dame más café... ¡Maldita sea!

ROSARIO.—¡Lina! ¿Qué modales son esos?

LINA.—Me fumaría un cigarrillo de muy buena gana. Pero no tengo ni uno...

PALOMA.—En la cómoda hay unos cuantos... Son de aquella cajetilla que compraste la noche de Año Nuevo.

LINA.—*(Contentísima)* ¿De veras? ¡Aún quedan cigarrillos de aquella noche! Fue la noche que estuvo aquí Carlos Boy...

PALOMA.—Sí... *(Se vuelve)* Aquella noche vino Carlos Boy.

ROSARIO.—¡Dichoso Carlos Boy! Desde entonces no tenéis otro tema.

(Suena el timbre de la puerta)

¿Quién puede ser a esta hora?

(Abre la puerta y aparece bajo el dintel un botones graciosamente uniformado, con una caja de celofán, llena de flores)

BOTONES.—¿La señorita Paloma Sandoval?

PALOMA.—Yo soy... *(Un poco ruborizada)*

BOTONES.—Tenga... Estas flores.

PALOMA.—Gracias... Muchas gracias.

(El botones desaparece. Paloma contempla sus flores a través del celofán, con mucho amor. Rosario y Lina la observan estupefactas)

LINA.—¡Chica!

ROSARIO.—¡Paloma! ¿Qué es esto?

PALOMA.—Un ramos de flores... Rosas blancas.

ROSARIO.—*(Alarmadísima)* ¿Quién te las envía? ¿estás segura de que son para ti?

PALOMA.—¡Oh, mamá! Qué cosas dices: no podían ser para nadie más que para mí... ¿No has oído? La señorita Paloma soy yo... No hay en esta casa más que una señorita Paloma. ¡Qué bonitas son! *(Ya en la puerta a punto de salir, con el rostro transfigurado de felicidad)* Además, estoy segura de que son mías. Las esperaba...

(Y sale. Lina y Rosario la ven marchar asombradísimas. Lina se rasca la cabeza)

LINA.—¡¡Mi madre!!

ROSARIO.—¡¡Oh!!

LINA.—Dice que las esperaba... ¡Esto es de película!

ROSARIO.—¡Ay, señor! ¡Ay, Dios mío! No, no, no... Esto es demasiado. Un ramo de flores para ella. ¿Qué significa esto?

LINA.—Pero, mamá, ¿vas a llorar?

ROSARIO.—Es que a Paloma le ocurre algo. Todo esto es muy raro...

LINA.—*(Sonríe sin mirarla)* No llores todavía, mamá.

ROSARIO.—¿Todavía? ¿Por qué?

LINA.—Porque me parece que vas a llorar dentro de un rato... Tengo que hablar contigo.

ROSARIO.—¡¡Lina!! ¡Tú, también!

LINA.—Sí. Por eso no he ido a la oficina.

ROSARIO.—(*Consternada*) ¡¡Dios mío!! ¡¡Otro secreto!!

LINA.—Mira, mamá... Yo soy una mujer moderna.

ROSARIO.—Sí, hija, sí. Ya lo sé. Modernísima. Pero después de todo presumes de mujer moderna porque te pones pantalones para andar por casa. Y como tu modernismo no pasa de llevar pantalones...

LINA.—Pasa...

ROSARIO.—¿Qué dices?

LINA.—(*Baja un momento la cabeza y se sitúa muy cerca de su madre con los codos apoyados en la mesa camilla*) Escúchame, mamá... Hay cosas mías que tú no conoces... Por ejemplo: ¿sabes que a mí me gusta mucho el whisky?

ROSARIO.—¿El... qué?

LINA.—El whisky. Y solo mejor que con sifón. (*Ríe*) Una noche de invierno pasado llegué muy tarde a casa, te dije que estaba enferma y me acosté sin cenar. Bueno, pues no era verdad. Lo que tenía eran cinco whisky dentro. Menuda «turca».

ROSARIO.—(*A punto de llorar*) ¡¡Lina!! No mientas.

LINA.—Aquella noche fui a un bar de la Gran Vía. En un rinconcito estupendo con muy poca luz, y una alfombra roja. Me llevó, bueno, un amigo... Después estuvimos por la carretera en su coche. No nos matamos por un milagro. Fuimos hasta Torreldones...

ROSARIO.—(*Aterrada*) ¿Solos?

LINA.—(*Indignada*) ¡Naturalmente, mamá! ¡Qué cosas tienes! Pero aquella noche no pasó nada. Había demasiado whisky y mucha velocidad. Figúrate, a ochenta por hora...

ROSARIO.—¡Lina, Lina!! Eres mala. Este era tu secreto...

LINA.—Quia...

ROSARIO.—¿Eh?

(Entra Cecilia. Ya ataviada para salir. Va hacia su madre. La besa y luego marcha hacia la puerta del fondo)

CECILIA.—Hasta luego, mamá. No me detengo. Dame un beso...

ROSARIO.—Espera... ¡Cecilia!

CECILIA.—¡Mamá!

ROSARIO.—(*Con temor*) ¿A ti te gusta el whisky?

CECILIA.—(*Sorprendidísima*) ¿A mí? Por Dios, mamá. Pero si no lo he probado en mi vida...

ROSARIO.—¡Ah!

CECILIA.—Ya me dirás luego por qué me lo preguntas. Ahora es tardísimo. (*Ríe. En la puerta a punto de salir. Dirigiéndose a Lina*) ¡Ah! Oye, tú, encanto. Cuando otra vez me tires un libro a la cabeza, que no sea una novela de Carlota Bronte. Son las que más daño hacen... (*Y riendo desaparece*).

ROSARIO.—Es un ángel... ¡A ella no le gusta el whisky!

LINA.—No hay cuidado. Las mujeres nos dividimos en dos clases: unas sueñan con un marido y cinco hijos. Otras sueñan con un amante. Si Cecilia soñara alguna vez sería de las primeras...

ROSARIO.—(*Feliz*) ¡Claro! (*Transición. Asustadísima*) Pero... ¿Es que tú eres de las otras?

LINA.—(*Naturalísima*) Sí, mamá.

ROSARIO.—(*En un grito*) ¡Lina!! (*Da un paso hacia ella*) ¡Descarada!

(Lina retrocede. Paloma, todavía con sus flores asoma la cabeza por la puerta de su habitación)

PALOMA.—Oye, mamá. ¿Podemos hablar ya? Es necesario... Mira que falta muy poco tiempo, mamá...

ROSARIO.—¡No!!

LINA.—¡Lárgate!!

PALOMA.—Pero, mamá... ¡Es urgentísimo!

LINA.—¡Fuera! ¡Vete!

PALOMA.—¡Ay!

(Paloma desaparece. Rosario y Lina siguen frente a frente)

ROSARIO.—¡Repítelo! Repite eso que has dicho, deslenguada...

LINA.—Mamá... Yo entiendo la vida a mi manera. Yo no soportaría un marido aburrido. Necesito un hombre que se enamore de mí como un loco, que se me declare todas las tardes, que me lleve en su coche por la carretera y me bese a noventa por hora, que me regale ramos de flores, que me invite a whisky, que nos emborrachemos juntos... Eso es lo que yo quiero, mamá. Porque eso es el amor... ¡Y te aseguro que eso es vivir!

ROSARIO.—(*Como Lina está muy cerca de ella le coge la cabeza con las manos, temblando de angustia*) Dime la verdad... No me mientas, aunque preferiría morir antes que oírte. Pero no mientas. ¿Es que tienes un amante?

LINA.—¡Pche! Casi, casi eso no tendría importancia...

ROSARIO.—(*Espantada*) ¡Lina!

LINA.—Lo que voy a hacer es una barbaridad mucho mayor. Te he dicho todo eso para que te prepares y no te asombres de nada...

ROSARIO.—¿Qué vas a hacer? ¡Dilo!!

(Suena el timbre de la puerta)

LINA.—Silencio, mamá...

(Abre Rosario la puerta. Aparece bajo el dintel otro botones. Trae una caja de celofán idéntica a la que trajo el primero)

ROSARIO.—*(En el colmo del estupor)* ¡Oh! ¡Más flores!

LINA.—*(Se lanza, contenta hacia el chiquillo)* ¿Son para la señorita Lina Sandoval?

BOTONES.—Sí, señorita.

LINA.—¡Trae! Soy yo... Gracias.

(El botones desaparece. Rosario cierra la puerta y Lina alza en alto las flores)

¡Rosas! Es un loco... Pero me adora.

(Irrumpe de su habitación, Paloma, siempre con su caja de celofán. Impacientísima)

PALOMA.—Mamá, por Dios. No quiero esperar más... ¿Puedo hablar contigo? ¡Que se vaya Lina!

LINA.—Oye, tú...

(Alguien abre la puerta de la escalera con llave desde fuera. Es Cecilia que vuelve. Y trae entre las manos una caja de celofán con rosas, igual a las de sus hermanas. Rosario, Paloma y Lina, la miran estupefactas e interrogantes)

ROSARIO.—¡Cecilia! ¡Tú también!

PALOMA.—¡Cecilia!

LINA.—¡Cecilia! Pero, chica...

(Las tres muchachas se miran entre sí)

CECILIA.—No he ido a la oficina, mamá. Está la mañana tan hermosa que da miedo meterse en aquel caserón triste y oscuro... *(Mirando a las demás y mirándose a sí misma)* Os sorprenden estas flores... Claro. Es la primera vez en mi vida que alguien me regala unas pocas rosas. Las traía para mí un chiquillo que encontré en el portal...

ROSARIO.—Pero, Señor, ¿qué es esto? ¿Están soñando ellas o estoy soñando yo?

(Una sutilísima pausa durante la cual Lina y Paloma, sigilosamente, de puntillas y un poco asustadas desaparecen por la puerta de sus respectivas habitaciones. Cecilia se ve sola e intenta también la salida, pero Rosario, alza los ojos y la sorprende en la misma puerta)

¡Cecilia! ¿Por qué has vuelto?

CECILIA.—*(Sin mirarla)* Me dolía la cabeza, mamá.

ROSARIO.—¡No finjas más! Tú no sabes hacerlo...

CECILIA.—*(Se le cae al suelo la caja de celofán, rompe en un sollozo y se refugia en la puerta de su alcoba)* Mamá, mamá...

ROSARIO.—¡Mi Cecilia! Díselo todo a tu madre... Yo sé que tú eres buena. Habla... ¿Qué te sucede?

CECILIA.—Si pudieras adivinarlo, mamá. Es el secreto más maravilloso que puede tener una mujer. Cuando lo sepan todos voy a creer que me lo han robado... Ahora que todavía es solo mío tengo tanta angustia, pero tanta alegría, que no sé si voy a morir de felicidad... ¡Mamá de mi alma! Adivínalo, por Dios...

ROSARIO.—¡Cecilia!

CECILIA.—¿No lo adivinas, mamá? *(Un silencio)* ¿No lo adivinas?

(Y roja de rubor entra en su cuarto)

ROSARIO.—¿Eh?

(La sigue. Unos minutos la escena sola. Vuelve Rosario, detrás Cecilia)

ROSARIO.—¿Tú? No, no. ¡Imposible!

CECILIA.—*(Mirando con una sonrisa serena el rostro transfigurado de su madre)* Sí, mamá. Ese es...

ROSARIO.—¡No, no, no!! ¡No es verdad! ¡Di que no, dilo...! ¡Dilo si no quieres matarme, dilo, por piedad!

CECILIA.—¡Oh, mamá!

ROSARIO.—Pero, tú, Cecilia, la mejor de mis hijas. ¡Tú! ¡Qué has hecho, Dios mío, qué has hecho! Esto es la deshonra...

CECILIA.—(*Baja los ojos al suelo y sonrío feliz*) También es la felicidad... Un hijo mío, mío... ¡Oh! Será una niña, muy blanca como era Paloma... ¿Te acuerdas, mamá? En realidad, Paloma tenía dos madres: tú y yo... ¡Y qué feliz era yo con Paloma entre mis brazos, durmiéndola por las noches, despertándola por las mañanas, cantándola a todas horas! Cuando las pequeñas se hicieron mujeres, comencé a sentirme desgraciada sin saber porqué, mamá. Y de pronto, una noche, la noche de Año Nuevo, cuando Paloma quiso que cada una brindáramos por nuestro secreto comprendí toda la verdad: yo soñaba a todas horas con lo que había perdido sin remedio, con aquella criatura que entre mis brazos no era mi hermana sino mi hija... Yo soñaba con una hija mía... (*Loca de gozo*) ¡Y ahora voy a tenerla, mía, mía, mía! ¿Comprendes, mamá? ¿No es para volverse loca de alegría?

*(Cecilia, dichosa, reclina la cabeza en las rodillas de su madre.
Una gran pausa. Rosario habla con un susurro de voz)*

ROSARIO.—Calla, calla... Debería maldecirte, odiarte. Debería arrojarte de mi lado. (*Solloza*) Y ese hombre, ese canalla, ¿quién es?

CECILIA.—(*Se encoge imperceptiblemente de hombros y sonrío*) ¡Él! No es un canalla, mamá. Es un hombre bueno. Pronto lo conocerás... Pero lo que importa no es él. Ni siquiera importo yo. ¡Lo que importa es nuestra hijita!

(Pausa larga. Rosario tiene los ojos clavados en el vacío. Habla desfallecida)

ROSARIO.—Esto es la vida. Señor... Sueños y desgracias. (*Pausa. Con desmayo*) No tengo fuerzas para preguntarte nada. Quisiera saberlo todo de una vez, en un solo minuto. Ya sé que no tiene remedio, pero cuesta tanto creerlo... No comprendo cómo tú, tú, mi Cecilia, has podido... Pero mi pobre cabeza no puede más. Esta noche cuando tus hermanas duerman, hablaremos nosotras. ¡Que Dios nos ayude!

CECILIA.—Sí, mamá...

ROSARIO.—Déjame, hija mía. Voy a rezar un poco... Lo necesito. (*Sale*).

(Cecilia, sola, respira profundamente con infinito descanso. Luego recoge sonriendo su caja de rosas, caída en el suelo, y marcha)

*hacia su habitación, y cuando llega la puerta surge Paloma en la
suya)*

PALOMA.—¡Cecilia!

CECILIA.—¿Qué quieres?

PALOMA.—¿Dónde está mamá?

CECILIA.—(*Con un dedo en las labios*) ¡Chiss! Descansa... No la molestes ahora.
Está muy fatigada...

PALOMA.—¡Oh! (*Apurada*) ¡No importa! He de hablar con ella ahora mismo. ¡Ahora
mismo, Cecilia! Aunque no quiera. ¡No puedo esperar más! ¿Lo oyes?

CECILIA.—¡Chiss!

*(Y entra en su habitación. Paloma sola en el centro aprieta
con coraje los puños y con lágrimas en los ojos da un paso
indignadísima hacia la puerta de Cecilia)*

PALOMA.—¿Que me calle? Pero si no puedo callar más...

*(Se detiene; luego avanza, tímida hacia la alcoba de Rosario pero
se detiene antes de entrar)*

Mamá, mamita, mamá de mi alma... ¿Por qué no quieres oírme? ¡Mamá,
mamá! ¿Me oyes? Ya es casi la hora... Es que me marchó. ¿Has oído, mamá?
Me voy de esta casa... Me voy de nuestra casita, mamá...

*(Poco a poco, asustándose de lo que dice retrocede de espaldas
hasta la puerta de su habitación)*

Yo te quiero mucho. Te quiero con toda mi alma... Pero no tengo más
remedio que irme. Lo quiere él y le adoro... Es la felicidad, mamá. Sin él me
volvería loca. Y yo sé que tú solo quieres que tu pequeña, tu Paloma, sea
muy dichosa... Nos vamos lejos, muy lejos, mamá. Hasta ahora no sabía yo
que el mundo era tan grande. Lo vamos a recorrer entero. Ya tenemos los
pasaportes... No te lo he dicho nunca, pero desde niña era mi sueño: salir de
esta casa, viajar... Ir lejos. Y ahora me voy. Adiós, mamá. Tardaremos mucho
en volver. Quizá no volvamos nunca. Pero no te olvidaré ni un día... ¡Adiós,
mamá, mamita! ¡Adiós!

(Y asustadísima, se mete en su alcoba y cierra la puerta. Durante un instante la escena está sola. Se abre despacio la puerta de Rosario y ella aparece en el umbral. Su actitud es la de no dar crédito a las palabras de Paloma, pero con una inmensa inquietud)

ROSARIO.—¡Paloma! *(Da unos pasos hacia el cuarto de la pequeña)* ¿Dónde te has metido? Paloma, Paloma...

(Timbre de la puerta. Rosario, en medio de la habitación, duda, pero al fin, abre. Aparece en la escalera un curiosísimo grupo. En primer lugar, Monsieur Gerbidón, de «chaquet» y pantalón a listas, con su aspecto inconfundible de modisto de lujo, seguido de tres muchachos, uniformados en verde; cada uno de los tres muchachos lleva una gran caja, muy plana y alargada ceñida por una amplia y elegante cinta. Monsieur Gerbidón, juega con la chistera entre las manos. Rosario retrocede toda estupor)

ROSARIO.—¡Oh!

MONSIEUR.—¡Oh! Perdón, madame. *(Todo sonrisas)* C'est la maison des mademoiselles Sandoval?

ROSARIO.—¿Quién es usted? ¿Qué buscan en mi casa?

MONSIEUR.—¡Oh, perdón! Vous ne comprenez pas. Quise decir: ¿No es esta la casa de las señoritas de Sandoval?...

ROSARIO.—Sí... son mis hijas.

MONSIEUR.—Oui. *(Leyendo en un sobrecito)* Cecilia, Lina, Paloma... Très bien. *(Dirigiéndose a los muchachos que aún están en el rellano)* Entrez-vous, s'il vous plaît... *(Entran los muchachos y se sitúan en fila al fondo, cada uno con su gran caja debajo del brazo)* Je suis Monsieur Gerbidón, de «Chez Pierre». Mis respetos, madame... Esto es para las señoritas.

ROSARIO.—¿Para mis hijas? ¿Qué está usted diciendo?

MONSIEUR.—¡Oh, la la! Madame no comprende nada. Pero Monsieur Gerbidón sabe que las señoritas sí comprenderán. Yo estoy muy contento, madame, de servir a mesdemoiselles. Toute «Chez Pierre» c'est très content... Las señoritas de Sandoval son encantadoras. Y tan elegantes, tan distinguidas... *(Volviéndose con presteza a los muchachos al tiempo que les señala la mesa para dejar sus paquetes, mientras da unas palmaditas de impaciencia)* Et bien. Par ici... ¡Mon Dieu! ¡Ajajá! Son creaciones, madame. ¡¡Oh!! «Chez Pierre»

París, rue de le Paix... ¡La primera del mundo! (*Gentil reverencia*) Bon jour, madame. Mis felicitaciones.

ROSARIO.—Sí, señor... (*Con absorta timidez*) Pero, ¿no se habrán equivocado ustedes de casa?

MONSIEUR.—(*Dirigiéndole una mirada atroz*) ¡Oh! Madame... Ce n'est pas possible...

(Se vuelve todo indignación hacia los muchachos que aguardan inmóviles y les indica la salida. Los muchachos en fila desaparecen escaleras abajo. Él, desde el umbral se vuelve hacia Rosario, que no le mira, absorta en la contemplación de las tres cajas, da el último sombrero y se marcha ofendidísimo)

¡Mon Dieu! Esta señora no comprende nada.

(Queda Rosario sola, inclinada sobre las cajas. Lee las tarjetas)

ROSARIO.—Cecilia, Lina, Paloma... Son ellas, sí.

(Mira involuntariamente a las puertas de las alcobas de las muchachas, con mucho temor insinúa el ademán de levantar la tapa de una de las cajas, pero se detiene a tiempo, arrepentida. Mientras se pasa una mano por la frente, contempla las tres grandes cajas alineadas sobre la mesa. Y se decide: coge una de ellas y va a la habitación de Cecilia, mientras habla en voz alta, para que la oiga)

ROSARIO.—Cecilia, hija. Han estado unos hombres muy extraños y han traído esto. No sé lo qué es... Pero aquí está tu nombre. Señorita Cecilia... Eres tú. (*Entreabre la puerta de Cecilia, introduce la caja y vuelve a la mesa, coge otra caja y va a la puerta de Lina*) Lina, hija mía, esto es tuyo... ¡Qué raro! Una caja tan grande y apenas pesa. (*Repite el juego anterior con la puerta de Lina*) Paloma, pequeña, muñeca mía, esto es para ti... Claro que no sé lo que es... Pero es tuyo. Dice señorita Paloma. Y esa señorita eres tú. (*Sonríe*) Una señorita muy niña y muy loca, pero eres tú...

(Ya está de vuelta en el centro de la estancia. Mira con mucho miedo pero con intenso amor, las tres puertas entornadas, y habla

dirigiéndose su voz a cada una de las tres alcobas... Sus propias palabras la llevan de una a otra puerta)

Cecilia, hija mía... *(Muy bajo)* A pesar de todo, yo soy tu madre... Te ayudaré y te defenderé siempre... Ya hablaremos de todo despacio, despacio. Cuídate... Deberías echarte un poco. Sí... Oye, Cecilia, hija. ¿Quién es ese hombre? *(Transición)* No, no. Calla. Ya me lo dirás. Tú, tú eres lo único que le importa a tu madre... *(Se escapa una lágrima y sonríe)* ¡Ah! Prométeme que si es niña, como tú quieres, se llamará igual que yo... Rosario. ¿Quieres? Es un bonito nombre. Cuando yo era una muchacha estaba muy orgullosa de mi nombre. A tu padre le encantaba... Quieta, quieta. No te muevas.

(Va a lentamente a la habitación de Lina y susurra junto a la puerta)

Lina, ¿qué haces tan callada? ¿No estarás tramando alguna diablura? ¡Ay, cómo te temo, Lina! Claro que ya sé que todas esas cosas que me has dicho antes son un poco exageradas... Sí, hija mía, ya sé que tú no puedes ser así. Es mentira. Me has engañado. *(Sonríe)* Eres una loca, eso sí... Pero no eres mala. No, mala, no; pero aunque lo fueras, Lina, aunque lo fueras, yo, ¿me oyes?, yo te querría con toda mi alma porque eres... ¡Eres mi hija, Lina, mi hija! Sí, hija de mi vida, sí, aunque fuese verdad lo del whisky, y lo de Torreldones...

(Y secándose una lágrima, va la puerta de Paloma)

¿Qué hace mi pequeña, mi muñeca, mi pájaro? ¿Por qué estás tan callada? Como si te viera echada sobre la cama, mirando al techo con los ojos muy abiertos: soñando. ¡Y siempre así! ¡Ay, pequeña mía! En la vida no se puede soñar todo lo que se quiere. Cuesta muchas lágrimas. ¡Si supieras qué miedo me dan esos sueños, hija mía! Como te has despedido de mí hace un momento a lo mejor estás camino de la India... *(Se ríe suave y emocionada)* ¡Ay, Señor! ¡Pobre hija! Pues no dice que tiene los pasaportes... ángel mío.

(Timbre. Rosario, enjugándose una lágrima va despacio a la puerta y abre. Aparece el chófer, un hombre tremendamente solemne con uniforme lujosísimo y relumbrante. Da un paso hacia dentro, tieso, y se quita la gorra de plato)

ROSARIO.—*(Extrañadísima)* ¿Qué desea usted?

CHÓFER.—(*Tonante*) ¡El coche!

ROSARIO.—¿Qué ha dicho?

CHÓFER.—(*Igual, inmóvil*) ¡El coche espera!

ROSARIO.—(*Atónita*) ¿Eh? ¿Qué coche es ese? (*Se vuelve y habla alto*) ¡Cecilia!
¡Lina! ¡Paloma! No sé lo que dice este hombre... ¡Está loco! ¡Dice que espera
el coche!!

LAS TRES MUCHACHAS.—(*Dentro, un grito de alegría*) ¡Ay!

ROSARIO.—¿Qué pasa?

(De pronto, se abren al mismo tiempo y aprisa, las puertas de las tres alcobas, y en el umbral de cada una aparecen Cecilia, Lina y Paloma. Las tres, vestidas de novia, con trajes largos, blancos y velos de tul. Las tres exactamente iguales. Las tres con sus rosas en las manos. Y en los rostros de las tres muchachas una mezcla de gozo, rubor y asombro. Cada una de ellas contempla con risueños ojos incrédulos a las otras dos...)

LAS TRES.—¡Oh!

CECILIA.—¡Lina! ¡Paloma!

LINA.—¡Cecilia! ¡Paloma!

PALOMA.—(*Las tres rapidísimas*) ¡Cecilia! ¡Lina!

ROSARIO.—(*Atónita, retrocede hasta el rincón del ventanal y allí queda olvidada en absoluto por sus hijas*) ¡Dios mío!!

CECILIA.—¿Qué es esto?

PALOMA.—¡Que me caso!

LINA.—¡Toma! ¡Y yo!

PALOMA.—Ahora mismo... A las once.

CECILIA.—¡Y yo!

LINA.—¡Y yo!

(Las tres se reúnen en el centro de la habitación. Hablan muy deprisa. Temblorosas de alegría)

CECILIA.—Es maravilloso. ¿Por qué no lo habéis dicho?

PALOMA.—Porque tenía que ser así... Una sorpresa.

LINA.—¡Claro! ¿No os dije que me gustaría hacer una barbaridad? Pues ya está.

CECILIA.—Él... Él... Él está abajo, en el portal. ¡Me espera! Si supierais...

LINA.—¿Con quién te casas, Paloma?

PALOMA.—Pero ¿es que no lo adivináis? ¿Cómo sois tan torpes? Tenía que ser él...
¡ÉL! ¡El único! Vamos, a prisa...

LINA.—Sí, él... ¡Vamos! ¡Corred! ¡Ay! ¡Aprisa!

(Comienza a oírse lejanísima una marcha nupcial mezclada a un toque de campanas. Las tres agitadas, muy juntas, corriendo hacia la puerta, son un puro revuelo de tules)

PALOMA.—¡Ay! ¿Oís?

CECILIA.—Corre. Dame el brazo... ¡Ay!

LINA.—Vamos... sí, sí.

PALOMA.—¡La marcha nupcial! ¡Qué emocionada estoy! Y la pobre mamá decía que no se puede soñar... ¿No es esto un sueño?

(Las tres apretadas una contra otra y en medio de un jolgorio de risas y de palabras entrecortadas, marchan escaleras abajo. El chófer, que ha permanecido inmóvil a un lado de la puerta durante toda la escena, las sigue. Arrecian la música y las campanas que se escuchan muy cerca. Es un estrépito glorioso)

ROSARIO.—¡Oh! ¡Oh!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Mientras se levanta el telón vuelve a oírse más próximo y más fuerte el repique de campanas que cerró el cuadro anterior. Aparecen Cecilia y Lina en la misma, exacta, actitud en que quedaron al final del acto primero, más Paloma, que en otro sillón, entre las dos, duerme también con la cabeza apoyada en el respaldo. Visten las mismas ropas. Estamos aún en la noche de Año Nuevo, pero ya amanece. Otra vez el almanaque en su lugar. Por el ventanal, la luz se va haciendo blanca en los instantes de pausa larga, mientras duermen las tres muchachas. Las tres duermen inmóviles, quietas, sonrientes... Y es casi de día, cuando entra, por la puerta de su habitación, Rosario con abrigo, velo y un misal en la mano. Se sorprende extraordinariamente cuando ve a sus tres hijas en el aposento.

ROSARIO.—¿Eh? ¿Qué significa esto? ¡Jesús! ¡Jesús! Cecilia, Lina, Paloma... Pero, ¿es posible que no se hayan acostado? Criaturas...

(Se acerca a ellas, una a una y las zarandea suavemente. Cecilia despierta la primera y se restriega los párpados)

¡Cecilia! Paloma...

CECILIA.—*(Semidormida)* Mamá...

ROSARIO.—¿Estáis locas? ¡Habéis pasado aquí la noche!

CECILIA.—Mamá...

ROSARIO.—¡Válgame Dios!

PALOMA.—*(Que está despertando, mira alrededor con mucho asombro)* ¡Mamá! ¿Qué ha pasado?

ROSARIO.—Esto pregunto yo... ¡Qué locura! ¡Qué disparate! Realmente la culpa es mía. Claro, no debí dejaros solas, sino acostarme yo la última como todas las noches... Sois unas niñas. ¡Oh! ¡Oh!

PALOMA.—¿Qué campanas son esas?

ROSARIO.—Las de la parroquia. Tocan a misa de siete. Como todos los días...

LINA.—*(Que despierta ahora)* Anda... pero... ¿es que he dormido aquí?

ROSARIO.—¡Naturalmente!

LINA.—Pues me he lucido.

ROSARIO.—Bueno. Merecáis unos azotes. Pero no quiero reñiros en el primer día del año. Me voy a misa, a rezar por vosotras. Acostaos enseguida... Habéis sido muy imprudentes esta noche. Podéis dormir hasta mediodía... Yo lo prepararé todo para el almuerzo.

(Se encamina hacia la puerta)

¡Qué silencio en la casa y en la calle! Después de lo que anoche chillaron tantos locos. Y qué escándalo. Música, gritos... ¡Oh!

(Para sí misma)

Pero, estas hijas, ¿en qué estarían pensando? Pobrecillas.

PALOMA.—¡Mamá!

ROSARIO.—¿Qué, hija mía?

PALOMA.—*(Con miedo)* ¿Tú... has soñado esta noche?

ROSARIO.—Sí, hijita. Con tu padre. Como si le hubiera visto. ¡Qué buen mozo era!

No han pasado los años...

(Sale y cierra la puerta al salir. Cecilia, Lina y Paloma, mientras hablaba la madre, sentadas cada una en el sillón donde han pasado la noche, se han mirado entre sí, con profunda curiosidad, casi con sorpresa. Ahora, solas, aún se frotan los párpados como si no hubieran despertado. Paloma se echa a llorar, suavemente, pero con angustia. Cecilia y Lina vuelven los ojos hacia ella. Ya cesó el toque de campanas)

LINA.—*(Con temor)* ¿Qué te pasa?

CECILIA.—Paloma... ¿Lloras?

PALOMA.—Era mentira...

CECILIA.—¿Qué es lo que era mentira?

PALOMA.—Un sueño.

CECILIA.—*(Asombradísima)* Yo también he soñado...

LINA.—Y yo... ¡Si supierais!

PALOMA.—Mi sueño ha sido maravilloso... Era en primavera. Se oían los pájaros.

Yo le decía a mamá que me iba para siempre de esta casa. Íbamos a hacer un viaje muy largo... La pobre mamá no lo quería creer... De pronto de una gran casa de modas traían una caja con mi vestido de novia, y el coche me esperaba en el portal... He oído la música y esas campanas de la parroquia; tocaban para mi boda. Todo, todo, parecía verdad...

CECILIA.—¡Dios mío! Sí, sí... Parece verdad. Es como si se viviera. Todavía creo que oigo a mamá.

LINA.—¡Digo! Y yo. Me llamó descarada...

CECILIA.—Yo he soñado que pronto tendría una hijita...

PALOMA.—¿Tú, Cecilia? ¿Tú?

LINA.—¡Cecilia!

CECILIA.—¡Oh! Me moría de vergüenza cuando se lo confesaba a mamá. Pero era muy feliz. Mamá decía que la había deshonrado... Pero me perdonaba y quería que la niña se llamara Rosario como ella... ¡Qué cosas! Luego a mí también me traían un traje blanco de novia... (*Una lágrima*) Figuraos. ¡A mí!

LINA.—Y a mí también.

PALOMA.—¿Cómo?

CECILIA.—¿De veras?

LINA.—Sí, sí. No me lo explico, pero me casaba.

CECILIA.—¿Con quién?

LINA.—Agarraos... Me casaba con mi amante.

CECILIA.—¡Lina!

PALOMA.—¿Pero es que esta noche has tenido un amante?

LINA.—Por lo visto. Esta noche me han pasado muchas cosas que yo siempre he deseado que pasaran. No iba a la oficina. Bebía whisky. Él me llevaba a un bar chiquitín muy oscuro, de alfombra roja. (*Sonríe*) Ya sé. Es un bar de la Gran Vía. Paso por allí todas las mañanas cuando vuelvo de la oficina. ¡Y tantas veces me hubiera gustado entrar! (*Sonríe con melancolía*) Él me quería como un loco, a mi manera, como yo quiero. Era fantástico... Al final, nos casábamos.

PALOMA.—(*De pronto, con sorpresa*) ¡Qué cosa más curiosa!

LINA.—(*Anhelante*) ¿Qué?

CECILIA.—Dilo todo, Paloma...

PALOMA.—Yo iba a casarme y vosotras veníais a la iglesia conmigo, pero también vestíais de novia...

CECILIA.—Sí... Yo también os vi así a vosotras. Las tres de blanco.

LINA.—¡Y yo!

CECILIA.—¡Oh!

PALOMA.—Cuando mamá me ha despertado bajábamos la escalera las tres, cogidas del brazo y vestidas de novia... ¡Pero si hemos soñado las tres igual...! ¿Cómo ha podido ser?

CECILIA.—Sí, pequeña. Es la imaginación que juega estas pasadas. ¡Y bien que se ha burlado de las tres muchachas de la buhardilla!

LINA.—Yo sé por qué hemos tenido el mismo suelo. Es que anoche, cuando nos quedamos dormidas las tres paseábamos en la misma carroza blanca. Acababa de salir de aquí Carlos Boy. Vestía de frac, como un novio. El ideal de las mujeres siempre es un frac.

CECILIA.—Sí... (*Lenta*) Eso es. Carlos Boy. Él era.

PALOMA.—¡¡No!! (*Ha sido un grito*).

(*Cecilia y Lina la miran asustadas*)

CECILIA.—¡Paloma!

LINA.—¡Paloma!

PALOMA.—No, no... ¡No! Él no...

CECILIA.—Paloma...

PALOMA.—No quiero. No quiero. Eso, no (*Casi llorando*) ¿Es que el hombre que se casaba con vosotras esta noche era Carlos Boy?

CECILIA.—(*Avergonzada*) Sí...

LINA.—Sí, claro... Era Carlos Boy. Un sueño.

PALOMA.—No, eso no. Dios mío. ¡No puede ser! ¿Qué habéis hecho? ¡Vosotras no podéis soñar con ese hombre! ¡¡No tenéis derecho!!

CECILIA.—Paloma...

LINA.—¿Qué hablas?

PALOMA.—(*Entre el rubor y las lágrimas*) Porque yo le quiero con toda mi alma...

(*Cecilia y Lina acuden a su lado*)

CECILIA.—¡Paloma! Pero ¿es él?

LINA.—¿Qué dices? Este es el hombre de quien decías anoche que estabas enamorada...

PALOMA.—(*Baja los ojos*) Sí. Es él...

LINA.—¡Oh! Tú oyes...

(*Cecilia y Lina se miran*)

CECILIA.—(*Muy bajo*) ¿Por qué no lo dijiste anoche?

PALOMA.—Porque anoche no lo hubierais creído y os hubierais burlado de mí. Además, ni yo misma me atrevía a creerlo. Pero es él, es él. Carlos Boy es el hombre que se acercó a mí aquella tarde del mes de marzo. Es él... Estoy segura. Ya no puedo equivocarme. Desde entonces lo quiero con toda mi alma... ¿Lo oís? Anoche cuando entró por esa puerta yo no podría creer que fuese él, el mismo... Era demasiado milagro. Pero cuando al marcharse me miró a los ojos, y me dijo que iba a dedicarme su canción, sí, era él, estoy segura de que era él... Eran aquellos ojos, aquella voz. Era como si volviera a

oírle. ¡Era él! (*Un sollozo*) ¡Y vosotras esta noche, habéis soñado con él! Tú, Cecilia, y tú... ¡Oh! Me lo queríais robar...

LINA.—¿Qué estás diciendo, chiquilla? Ese hombre es para ti lo mismo que para nosotras. Un sueño.

PALOMA.—¡Mentira! Es mío. Para mí ya es mucho más que un sueño.

CECILIA.—¡Paloma!

PALOMA.—¡Déjame! ¡No me toques!

CECILIA.—Paloma... Mi Paloma.

PALOMA.—¡Me lo querías robar...! ¡Me lo queríais robar!!

(Suenan unos golpes de nudillos en la puerta)

LINA.—¡Chiss!

CECILIA.—¿Quién puede ser a estas horas?

LINA.—Hablad bajo... Yo miraré.

(Va a la puerta, abre la mirilla y retrocede dando un grito)

¡¡Oh!! ¡¡Es él!!

CECILIA y PALOMA.—¡¡ÉL!!

LINA.—Él... ¡Carlos Boy!

PALOMA.—¡¡Carlos Boy!!

(Corre. Abre de golpe la puerta y en el rellano de la escalera aparece la figura de Carlos Boy, sin abrigo, ni sombrero, con el frac desaliñado y muy pálido. Desde la noche anterior parece que ha envejecido unos años. Entra aprisa y cierra nerviosamente la puerta tras él. Paloma, Cecilia y Lina retroceden juntas a un lado de la escena, mirándole con fijeza. Un grito de asombro de las tres)

LAS TRES.—¡¡Oh!!

CARLOS.—¡Silencio! Por favor. No griten. Si gritan estoy perdido...

LAS TRES.—¿Qué?

CARLOS.—Necesito que ustedes me ayuden. No sé qué va a ser de mí... Abajo, en el piso de Laura Montenegro ha sucedido algo espantoso.

PALOMA.—(*Anhelante*) ¿Qué ha sucedido?

CARLOS.—¡Oh! Cuando estaba a punto de volverme loco, me he acordado de ustedes, de las tres muchachas que conocí anoche, en el último piso...

Ustedes pueden salvarme. Vengo aquí, a ponerme en sus manos. No me miren así. No soy un criminal... ¡Lo juro! Pero ayúdenme...

(Las tres para sí mismas, como en un susurro)

PALOMA.—¡Mi amor!

CECILIA.—¡El padre de mi hija!

LINA.—¡Mi amante!

PALOMA.—*(Da un paso hacia él desprendiéndose de sus hermanas)* Sí... Le ayudaremos. ¿Qué quiere usted de nosotras?

CARLOS.—Escóndanme. La policía está en el piso de Laura.

LAS TRES.—¿La policía?

PALOMA.—¿Ha dicho usted la policía? Pero ¿es posible que a usted le busque la policía?

CARLOS.—*(Baja la cabeza)* ¡Sí!

LAS TRES.—¡¡Oh!!

(Llaman a la puerta. Las chicas se inmovilizan: Carlos Boy se estremece)

CARLOS.—Ya es tarde... Son ellos.

(Lina da un paso hacia la puerta. Paloma se interpone con energía)

PALOMA.—¡Estate quieta! No contestes. No abriremos.

(Hay una pausa levísima, llena de angustia, llaman otra vez)

CARLOS.—*(Se deja caer abatido en un sillón)* Ya es inútil. Puede usted abrir... Se lo ruego.

(Lina abre lentamente. Las tres miran fijas hacia allí. Carlos Boy se tapa la cara con las manos y en la escalera aparecen dos hombres. Uno joven, de aspecto sonriente, casi risueño, un poco irónico: Gabriel. Otro, el Agente, de más edad, absolutamente vulgar. Los dos, con el cuello del gabán subido. La puerta queda entreabierta y el Agente junto a la silla)

GABRIEL.—¡Buenos días!

AGENTE.—Con permiso.

GABRIEL.—(*Mira con cierto desdén a Carlos*) Vaya. Acerté... Ya sabía yo que le encontraría aquí. (*Ríe*) Me lo dio el corazón. Está visto: el corazón da cada soplo... Es un chivato. Buenos días, señoritas.

LINA.—¡Cecilia! Este hombre es nuestro vecino. El de la buhardilla de enfrente...

GABRIEL.—(*Satisfechísimo*) El mismo... Sí, señorita. El de los piropos en la escalera. Es que soy muy aficionado. Y la verdad: son ustedes tan bonitas... (*Se vuelve hacia el Agente*) ¿A ti quién te parece más guapa de las tres, Paloma, Lina o Cecilia?

AGENTE.—¡Digo!

CECILIA.—¿Cómo sabe usted nuestros nombres?

GABRIEL.—(*Sonríe*) Es que soy adivino. También estaba seguro de que este caballero al fugarse de casa de Laura Montenegro se había refugiado aquí... ¡En el piso de las tres muchachas! (*Irónico*) Es natural. Es el rincón mejor de la casa. Se está tan bien aquí... Y el caballero, se hizo anoche muy amigo de las señoritas... Además el portal está vigilado. (*A Lina*) Anoche se portó usted muy mal conmigo, señorita Lina. Mientras usted estaba asomada a esa ventana, yo encendí la luz de mi cuarto para que usted supiera que yo estaba ahí enfrente solo, muy solo... Pensé que tendrían ustedes lástima del pobre vecino solitario y me invitarían a tomar las uvas de las doce... Lo hubiéramos pasado muy bien. Pero ustedes no querían nada con un pobre estudiante de provincias. ¡Ah, bueno! Tengo que hacer una aclaración. Yo no soy estudiante. Pero desde luego no soy de provincias. ¡Madrileño! Que conste. ¿Es que no se me nota?

(*Carlos Boy se levanta. Gabriel y el Agente dan un paso hacia él*)

AGENTE.—¡Quieto!

CECILIA, LINA y PALOMA.—¡Oh!

GABRIEL.—Quietecito, amigo, que si saco la pistola se van a asustar estas señoritas... (*Una pausa mirando a Carlos con evidente curiosidad*) ¡Je! Se ha sobresaltado. Es claro. Vaya, con la estrella. Porque usted es una estrella, ¿no? Eso que llaman una estrella del cine, de la radio, del teatro. Lo que se dice un as. Uno de esos hombres que con canciones bonitas vuelven locas a las mujeres... (*Sonríe irónico*) A mí también me gustaría ser estrella. Pero de las otras: de verdad. Para ver qué tal estaba el mundo de lejos... Curiosidad.

CARLOS.—(*Ronco*) ¡Acabemos de una vez!

GABRIEL.—¡Quia! Estamos empezando. *(Se acerca a él despacio)* ¿Por qué se ha escapado usted? No sea usted niño. Di orden de que ni uno solo de los invitados a la fiesta abandonasen el piso hasta que sepamos quién es el asesino.

LAS TRES.—¿Qué?

GABRIEL.—*(Se vuelve hacia ellas)* ¡Claro! Pero ¿es que no lo saben ustedes?

CECILIA.—No...

LINA.—No, no...

PALOMA.—No. No sabemos nada...

(Por la puerta del fondo, que no se ha cerrado, entra aprisa y asustada, Rosario)

ROSARIO.—¡Hijas mías! ¡Qué horror!

LAS TRES.—¡Mamá!

ROSARIO.—¿No sabéis lo que ha pasado? Toda la vecindad está alborotada... ¡Han matado a Laura Montenegro!

CECILIA.—¿Qué?

LINA.—¡Mamá!

PALOMA.—¿Cómo?

GABRIEL.—Sí... Ya lo saben ustedes. Esta mañana a las seis, Laura Montenegro ha aparecido muerta en su alcoba...

PALOMA.—¡Muerta!

CECILIA.—¡Qué horror!

LINA.—¡Qué espanto!

(Las tres inconscientemente miran a Carlos Boy que permanece abrumado en el sillón. Paloma se va situando entre él y los dos policías)

GABRIEL.—Cuando se descubrió llevaba dos horas muerta... Un balazo en el cuello. La pistola tenía silenciador. El tiro no lo oyó nadie... Todo ocurrió mientras sus invitados bailaban en el salón... Demasiado alegres, con tanta música y tanto «champagne», no se enteraron de nada. Pero si Laura Montenegro no hubiera muerto esta madrugada, hoy sabrían todos quién era la reina de la fiesta, cuando yo la hubiera llevado a la cárcel...

ROSARIO.—¿Qué buscan estos hombres en mi casa? ¿Quiénes son?

CECILIA.—Calla, mamá.

GABRIEL.—Señora... Gabriel Valdés, agente de primera de la Dirección General de Seguridad. Este, un compañero. Desde hace un mes vivo en esta casa para vigilar los pasos de la famosa Montenegro. La gran estrella, no era más que una vulgar contrabandista de drogas...

CECILIA.—¿Ella? ¡Qué espanto!

LINA.—¡Es posible!

GABRIEL.—La fiesta de anoche era un pretexto para uno de sus negocios. Como las películas, como sus viajes a Portugal cada quince días y en avión, como corresponde a una gran artista... Los periódicos hablaban de ella, de sus continuos viajes al extranjero... Hasta salía de vez en cuando en el NO-DO.⁵ Pero lo que no sabía nadie era que a la vuelta de sus viajes la cocaína venía en el maletín... Esta noche tenía preparado un gran asunto con alguno de sus invitados; gente de su raza de embusteros y farsantes. Pero para nosotros también era la noche definitiva. Al amanecer, con todas las pruebas, hubiera sido detenida. Y algo, que todavía no sé quién es, se ha interpuesto entre ella y nosotros y...

PALOMA.—(*Impetuosamente, con el alma en los labios, toda angustia*) Pero usted no pensará que ha sido él... No lo cree, ¿verdad?

ROSARIO.—¡Hija!

CECILIA.—¡Paloma!

LINA.—¡Paloma!

PALOMA.—Dígalo, dígalo que no lo cree... No tiene usted derecho.

GABRIEL.—Señorita Paloma... (*Mirándola a los ojos sorprendido*) ¿Y si lo creyera?

PALOMA.—¡¡No!!

GABRIEL.—¿Sabe usted que Laura Montenegro y este hombre se odiaban?

PALOMA.—No, no...

GABRIEL.—Sí. Se odiaban, quizá, porque se conocían demasiado. ¿Sabe usted que hace diez años, este hombre y esa mujer fueron amantes?

PALOMA.—No, no, no... ¡¡No!! ¡No importa!

GABRIEL.—¿Sabe usted que todos los invitados a la fiesta han podido probar en qué lugar del piso se hallaban a las cuatro de la mañana? Todos, menos uno. Solo hay uno que se niega a decir dónde estaba precisamente a esa hora, a las cuatro de la mañana... Y es este caballero.

5 NO-DO: «Noticiarios y Documentales» era un noticiero que se proyectaba de forma obligatoria y exclusiva en los cines españoles antes de la proyección de las películas, entre 1942, fecha de su instauración por la Vicesecretaría de Educación Popular, y 1976. Desde entonces hasta 1981, la proyección fue voluntaria.

CARLOS.—(*Levantándose airado*) ¡Basta! Hemos terminado. No soporto más esta violencia, este ridículo. Vámonos de aquí... Lléveme usted. Haga de mí lo que quiera... ¡Ahora mismo!

(*Paloma corre a la puerta, y apoyando su espalda en ella, grita*)

PALOMA.—¡¡No!!

TODOS.—¿Eh?

ROSARIO.—¿Qué haces, hija mía?

GABRIEL.—(*Todos muy deprisa, casi al tiempo*) ¡Señorita!

CARLOS.—¡Oh! Paloma...

PALOMA.—Ese hombre es inocente. Yo sé dónde estaba a las cuatro de la mañana...

TODOS.—(*Inmovilizados*) ¿Qué?

ROSARIO.—Paloma, Paloma...

PALOMA.—(*Llena de rubor y de vergüenza*) Estaba conmigo...

(*Todos se estremecen. Cecilia y Lina dan un paso hacia ella. Hay exclamaciones de asombro. Carlos Boy la mira fijamente, muy pálido*)

TODOS.—¿Qué?

CECILIA.—(*Angustiada*) ¡Paloma!

LINA.—¡Paloma!

PALOMA.—No puedo ocultarlo más. No quiero. ¡Es inocente!

ROSARIO.—Hija, hija mía... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué has hecho? Di que no es verdad... ¡Dilo!!

PALOMA.—¡Sí, es verdad! Y la culpa ha sido mía... Anoche estuve en casa de Laura Montenegro.

(*Solloza*)

ROSARIO.—¡Dios mío!

LINA.—¡Mentira! Todo eso es falso, Paloma, tú has pasado la noche con nosotras, dormida en ese sillón.

CECILIA.—Sí, sí... (*A Gabriel*) Mi hermana tiene razón. Las tres dormimos aquí juntas... Tenemos la prueba de un sueño. (*Volviéndose con violencia a Carlos*) ¿Pero es que usted no habla? ¿Es que se calla? ¡Usted tiene que decir la verdad!

PALOMA.—(*Interrumpiéndola con violencia*) ¡¡Cállate!! Él no puede hablar. ¡Ni quiero yo! ¿No veis cómo sufre? No sabéis cómo ha sido... (*Dirigiéndose a los policías*) Yo lo diré todo... Antes no os dije a vosotras toda la verdad de lo que ha pasado esta noche. No podía. Pero ahora no puedo callar. Anoche cuando se marchó de aquí Carlos Boy, me dijo que en la fiesta cantaría para mí... Era muy tarde ya. Vosotras, teníais sueño. Y poco a poco, os quedasteis dormidas mientras él cantaba «Bahía» como nunca la había cantado, porque me la dedicaba a mí. Mientras vosotras dormíais, yo de puntillas, bajé al piso de Laura; la puerta de entrada estaba abierta... Y toda la casa llena de flores, como un jardín... Era un sueño. A mí solo me vio él por la puerta del salón que estaba entreabierta... Cantaba y me miraba muy contento. Era tan feliz como yo lo era. Cuando terminó vino a buscarme y de la mano, sin que nadie nos viera, fuimos a una salita con pantalla azul que hay en casa de Laura al final del pasillo... Allí estuve entre sus brazos hasta mucho tiempo después de las cuatro...

ROSARIO.—(*En un grito*) ¡¡Hija!! Calla, calla...

CECILIA y LINA.—Paloma.

PALOMA.—Volví aquí otra vez de puntillas sin que nadie me viera... Me quedé dormida con vosotras y hemos tenido, las tres, el mismo sueño. Pero lo que pasó antes no fue un sueño. Él y yo lo sabemos. Fue una maravilla... Esta es la verdad, esta es la verdad. ¿Comprende usted por qué él es inocente?

ROSARIO.—(*Desfalleciendo*) ¿Qué has hecho, hija mía? ¿Qué has hecho? Tú, tú mi Paloma...

PALOMA.—(*Cae de rodillas a los pies de Rosario*) ¡Sí, mamá! Es que le quería... Es que le quiero con toda mi alma.

CARLOS.—¡Paloma! Repite eso... ¡Repítelo!

PALOMA.—Mamá, mamáita... ¡Madre mía! Perdóname, mamá, perdóname. Ten lástima de mí... ¡Perdóname!!

CARLOS.—¡Paloma! (*Va hacia ella*) ¡Paloma!

PALOMA.—(*Estremeciéndose*) ¡Mamá, diles a todos que no me miren así! ¡Diles que no me miren porque me voy a morir de vergüenza! Y tú no me mires tampoco, mamá, no me mires... ¡¡No me mires!! ¡¡No me mires!!

TELÓN

ACTO TERCERO

En la misma habitación. Unas horas después del acto anterior. Lina, en la escena sentada en el ventanal.

(*Entra Cecilia*)

LINA.—¿Qué hace? Dime...

CECILIA.—Nada. Echada en la cama, con los ojos clavados en el techo y no quiere hablar... Mamá está con ella. ¡Pobre mamá!

LINA.—Es horrible, Cecilia. ¿Tú qué piensas? Cuesta trabajo creerlo... ¡Y ese hombre!

CECILIA.—Calla, calla... (*Una pausa*).

LINA.—Ella, la pequeña... ¿Quién lo hubiera creído?

CECILIA.—Para ella ni siquiera ha sido pecado: es un sueño más. Y si esta noche, nuestra pequeña ha cometido una locura, tú y yo, anoche también... ¡Oh!

LINA.—¿Qué estás diciendo?

CECILIA.—¡Lina! ¿No lo recuerdas? Anoche ese hombre fue tu amante y también era el padre de mi hija...

LINA.—¡Bah! Sueños.

CECILIA.—¿Y crees tú que es más pecado soñar en la vida que pecar en un sueño?

LINA.—¡Anoche! (*Arranca de un manotazo el calendario que aún sigue colgado de la pared*) ¡Maldita sea la noche de ayer! ¡Maldito sea el Año Nuevo! ¡La noche de la esperanza, decía mamá! ¡Maldita sea...!

CECILIA.—Calla... (*Lina se sienta con la cabeza entre las manos y Cecilia la acaricia*)
Calla, Lina. No maldigas. Me parece que nunca hemos estado tan cerca del secreto de lo que es la vida como esta noche. Aquí, cerca del cielo, como decía ese hombre, se soñaba. Abajo, en casa de Laura, se vivía. Aquí, tres muchachas se casaban con el mismo novio, porque las tres tenían escondido un mismo deseo: un poco de felicidad. Abajo apareció una mujer muerta y aquí despertaron de su sueño las tres muchachas. Pero mientras, se mezclaron los sueños y la vida: no sé si es que Paloma al bajar por esa escalera llevaba consigo el sueño o al volver ha traído la realidad... ¡No lo sé! No se puede saber. (*Transición*) Lina, pase lo que pase, diga la gente lo que diga, tú y yo defenderemos a nuestra hermana... Estaremos siempre con ella, ¿verdad?

LINA.—Sí... Siempre, Cecilia.

CECILIA.—Nos iremos de esta casa. Si es preciso saldremos de Madrid. Pero con ella.

LINA.—Sí. Calla. Mamá...

(Entra Rosario, pálida, con los ojos cansados, pero con una firme serenidad. Viene muy despacio y se sienta en uno de los sillones. Las tres muchachas, inmóviles al principio, sobrecogidas por el silencio de la madre, corren hacia ella y a sus lados se arrodillan y le toman cada una mano. En un gran silencio)

LINA.—¡Mamá!

CECILIA.—¡Mamá!... ¿Y Paloma?

ROSARIO.—Ahí viene. Miradla... A pesar de todo, parece un ángel. Está más bonita que nunca...

CECILIA.—¡Oh, Paloma!

(Entra Paloma muy despacio. Se detiene, ve a su madre y a su hermana. Baja los ojos en silencio y va al ventanal. Allí se sienta, como siempre. Habla, luego, como un susurro)

PALOMA.—Mamá...

ROSARIO.—Hija.

PALOMA.—¿No me preguntas nada?

ROSARIO.—¡Oh!

PALOMA.—¿No quieres saber nada, mamá?

ROSARIO.—Nada, nada. No es necesario... Calla.

(Otra pausa, Cecilia y Lina se acercan a Paloma)

PALOMA.—Mamá... ¿Estás ahí?

ROSARIO.—Sí, hija mía...

(Bajísimo)

PALOMA.—¿Me sigues queriendo, mamá?

ROSARIO.—*(Muy emocionada)* ¡Oh! Con toda el alma, hija mía...

CECILIA.—*(Recogiéndola en sus brazos)* ¡Oh, chiquilla! ¡Chiquilla!

PALOMA.—¡Cecilia! *(Un sollozo)* ¿Tú crees que esto es la deshonra de nuestra casa?

CECILIA.—Calla, por piedad... Deja eso.

(Timbre de la puerta)

LINA.—Yo iré.

(Abre. Aparece Gabriel en la entrada. La puerta queda entornada. Gabriel avanza con alguna timidez)

GABRIEL.—Buenos días...

LINA.—Buenos días...

CECILIA.—Buenos días...

ROSARIO.—*(Con dolor)* Usted, todavía.

GABRIEL.—Discúlpenme. Ya sé que no es agradable mi visita. Es solo un instante. Ya me voy para siempre... Se terminó todo. Los piropos del estudiante en la escalera y el policía que perturba la vida de un hogar feliz. Pero antes de irme quiero ser yo mismo quien les diga toda la verdad de lo que sucedió esta madrugada en el piso de abajo... Hace una hora no lo sabía. *(Una pausa. Las cuatro le miran interrogantes)* Ahora, sí. *(Despacio)* a Laura Montenegro no la mató nadie...

PALOMA.—¿Qué? *(En pie)* ¿Qué dice?

LINA.—¿Eh?

CECILIA.—¿Cómo?

GABRIEL.—Laura Montenegro se suicidó.

PALOMA.—¿Qué dice este hombre?

GABRIEL.—La pistola era suya y no tiene más huellas que las de sus manos... Se mató allí mismo en su alcoba... Este es el informe de los técnicos. Seguramente sospechó mi vigilancia y el fin que le esperaba... Tuvo miedo. ¡Bah! Después de todo no merecía otra cosa. Era... una cualquiera.

CECILIA.—¡Qué horror! ¡Pobre mujer!

GABRIEL.—Mal sino... Eso es todo.

PALOMA.—*(Que no quita los ojos de Gabriel)* Entonces, ino la ha matado él!

GABRIEL.—¿Quién? ¿Carlos Boy? No, no...

PALOMA.—¡Oh!

GABRIEL.—¡Señorita! ¿Qué significa esto? ¿No declaró usted esta mañana hace una hora que él no pudo matarla? ¿Es que ya ha olvidado usted que Carlos Boy se hallaba a esa hora en la salita azul?

PALOMA.—*(Un sollozo)* ¡Oh! ¡Dios mío!

ROSARIO.—¡Paloma!

LINA.—¡Paloma!

CECILIA.—(*Bajo las tres*) Paloma...

GABRIEL.—(*Mira fijamente a Paloma que se tapó la cara, curioso*) Está bien. Yo no tengo nada que decir...

(*Se abre la puerta y aparece Carlos Boy*)

CARLOS.—Un momento. Yo, sí, tengo algo que decir...

TODOS.—(*Se vuelven*) ¿Eh?

PALOMA.—(*Un grito*) ¡¡Oh!! ¡Él!

CARLOS.—(*Sonríe dulcemente*) Sí, Paloma. Yo...

PALOMA.—No, no, no... Esto no. No quiero... Ahora, no. ¡Ahora no! ¡Me moriría! (*Y escapándose de los brazos de Cecilia, sale corriendo*).

CARLOS.—Paloma...

(*Todos los personajes, que han contemplado silenciosamente la escena, se encaran con Carlos Boy*)

CECILIA.—¡Usted!

LINA.—¡Usted! Usted aquí...

(*Carlos Boy entra y cierra la puerta tras de sí. Arroja el sombrero en cualquier parte; queda en el centro de la habitación y sostiene las miradas que le observan fríamente*)

ROSARIO.—¿Qué quiere usted de nosotras?

CARLOS.—Unos minutos... Poca cosa, señorita. Tengo algo que decirles que para ustedes será de mucha importancia... (*Una leve pausa*).

(*Las muchachas se acercan a Carlos Boy lentamente*)

Señora. Todo lo que declaró su hija Paloma esta mañana es falso.

(*Asombro en todos. Dan un paso hacia él*)

TODOS.—¿Qué?

GABRIEL.—¿Qué dice usted?

CECILIA.—(*Con rubor*) ¿Que Paloma no estuvo con usted en la habitación azul?

CARLOS.—(*Sonríe*) No. Todo es una mentira. Ni siquiera sé cuál es la habitación azul de Laura... Su hija ha inventado nada menos que una falsa noche de amor... Yo soy el más asombrado.

CECILIA.—¡Oh!

LINA.—¡Oh!

ROSARIO.—Pero ¿por qué? ¿Por qué ha mentido? ¿Por qué, Dios mío?

CECILIA.—Mamá... ¿no lo comprendes? Porque vio a este hombre perdido y acusado de un crimen, y quiso salvarlo a costa de lo que fuese...

ROSARIO.—¡Ah!

CECILIA.—Porque para Paloma la vida real, esta vida casi no existe... Porque es tan soñadora y tan buena que no sabe si sueña con el corazón o con la cabeza... Porque tu pequeña es así, mamá. ¿Lo entiendes?

ROSARIO.—Sí, sí...

CECILIA.—Y porque está enamorada de ese hombre con un amor tan generoso que para sí misma ella no tiene ninguna importancia... Por eso, mamá. Porque el verdadero amor, el gran amor, es así...

LINA.—¡Paloma! ¡Es extraordinario!

GABRIEL.—(*Mirando ahora con ellas al cuarto de la pequeña*) Sí. Es asombroso...

ROSARIO.—¡Pobre hija mía!

(*Un silencio. Carlos baja la cabeza y habla muy suave y muy despacio*)

CARLOS.—Escuche usted, señora. Anoche, vi en lo alto, en ese rellano, tres muchachas que se reían. Sus hijas son muy bonitas, señora. De la cena del Ritz a la fiesta de Laura, ellas eran para mí la única poesía en un mundo de frivolidad y mentira. Subí hasta aquí, como si alguien me empujara, sin voluntad. Quise gastarles una broma de Nochevieja. Anoche todo estaba permitido porque la gente reía y todos eran felices. Y entré aquí. Nos reímos juntos. Eran deliciosos su pudor y su risa. Dentro de aquellos ojos que se ruborizaban constantemente, ¡había tantos deseos de vivir, tantos anhelos escondidos!

CECILIA.—¡Oh!

CARLOS.—Fueron unos instantes muy dichosos... Luego, bajar a casa de Laura fue como entrar otra vez en la realidad, en la realidad de toda mi vida... Y ya no volví a ver en toda la noche a ninguna de las tres muchachas de la buhardilla...

(*Se vuelve sonriendo con melancolía a Gabriel*)

Y ahora va usted a saber dónde estaba yo a las cuatro de la mañana, cuando murió Laura Montenegro.

GABRIEL.—(*A media voz*) ¿Dónde?

CARLOS.—En la alcoba de Laura Montenegro...

TODOS.—¡Ah!

LINA.—Con ella...

CARLOS.—Sí. (*Se estremece*) Cuando terminé de cantar me llevó hasta su cuarto.

Estaba muy exaltada: creo que había bebido mucho «champagne»... Pronto descubrí qué quería de mí. Laura sabía que la policía vigilaba sus pasos... El último contrabando de droga aún estaba en su poder y quería mi ayuda para librarse de él... Yo me negué. Fue una escena horrible... Laura apeló a todos los recursos. Me recordó un viejo amor de otros tiempos que ella pagó con la deslealtad y la traición... Cogió una pistola de la mesilla de noche. Me amenazó. Creí que iba a matarme. Pero no tuvo valor. Desesperada me juró que se mataría delante de mí, si no la ayudaba. Yo creía que no lo haría. Siempre mentía. Pero estaba como loca... Y se mató.

(*Carlos sin fuerzas, cae sentado en un sillón junto a la mesa*)

CECILIA.—(*Para sí misma*) Es horrible...

LINA.—Qué espanto...

GABRIEL.—Siga... Por favor.

CARLOS.—Al amanecer, una doncella descubrió el cuerpo muerto de Laura.

Llegaron ustedes, los policías... Tuve mucho miedo. Comprendí que si usted adivinaba que yo estaba en la alcoba de Laura en el momento de su muerte, me acusaría de haberla matado. Yo no tenía pruebas para negarlo. Y como en un sueño, recordé a las tres muchachas de la buhardilla: su risa, sus ojos anhelantes. Buenas, bonitas, jóvenes... Ellas me salvarían. Y como un loco, me escapé hasta aquí. Y de pronto, cuando usted ya me tenía en sus manos, cuando estaba perdido porque a las cuatro de la mañana yo estaba encerrado en la alcoba de Laura Montenegro, entonces, esa criatura, esa niña gritaba con toda su alma que era ella misma la mujer que a esa hora estaba entre mis brazos en otra habitación de la misma casa... ¡Me salvaba! Mentía, pero mentía con tanta fe, que todos la creyeron y me salvó... Y yo callé. Le juro que en aquel momento no callé por miedo. Ya me había olvidado de mí mismo. Callé porque aquella mujercita decía a gritos: «Le quiero. Le quiero, mamá. Lo hice porque le quiero con toda mi alma...». Y fue para mí como si el mundo se me descubriera de pronto... Más que una sorpresa era un milagro.

(Rosario solloza con gozo. Cecilia y Lina están a sus lados)

ROSARIO.—*(Muy conmovida)* ¡Hija mía! Mi hija... Mi Paloma loca. Este era su secreto. Estos eran sus sueños de todas las horas... Hija mía.

(Entra en su cuarto secándose las lágrimas. Todos están inmóviles. Carlos se deja caer en un sillón. Gabriel, que está en el centro, toma entre sus manos el álbum de autógrafos de Paloma que nadie ha tocado desde anoche)

GABRIEL.—*(Sonriendo)* Tenía usted razón, amigo.

(Carlos vuelve la cabeza hacia él y Gabriel lee)

«A Paloma Sandoval, ángel, cerca del cielo». Esto es ella. Un ángel. Si los ángeles se enamoraran, se enamorarían así... Como ella. *(Sonríe)* Es usted lo que se dice un hombre de suerte. ¡Ah! Y conste que yo comprendo todo eso que sintió anoche cuando vio a las tres muchachas asomadas a la barandilla de la escalera... Durante un mes que he vivido en esta casa, yo también lo he sentido. Las he espiado desde mi ventana. A veces hasta las he esperado en el portal para verlas pasar, como un novio de las tres... Es que son muy bonitas. No, no es eso tan solo. Es otra cosa. Vaya, terminaré haciéndome un lío. Yo no sé hablar como usted... Es una pena. Bueno, creo... creo que estorbo. *(Brusco)* ¡Buenos días!

LINA.—Buenos días.

(Y sale. Lina cierra la puerta. En escena, Lina, Cecilia y Carlos Boy. Este en su actitud ensimismada. Las dos chicas le miran de lejos)

CARLOS.—*(Para sí)* ¿Y por qué?

CECILIA.—*(Sonríe)* ¿Por qué?

CARLOS.—Sí... ¿Por qué? ¿Por qué me quiere? ¿Por qué es mía ese alma llena de generosidad y de amor? ¿Por qué es capaz de llegar a ese maravilloso sacrificio? ¿Es que se puede amar así? Yo no he hecho nada para que me quisiera... ¿Qué amor es este que se basta a sí mismo?

CECILIA.—Acérquese usted, señor Boy. Por favor...

(Carlos va hacia ella. Los dos están frente al ventanal)

Anoche dijo usted una cosa muy bonita, señor Boy: que nos había encontrado cerca del cielo. Y es cierto. Mirando desde aquí, hacia arriba, parece que escapa una del mundo. Se olvida todo: que a diario hay dolor y amargura, y lágrimas, que la vida es muy difícil para algunas pobres muchachas. Son esas muchachas que trabajan mucho, se acuestan rendidas, y a veces en un cine de barrio ven cómo es la felicidad cuando en cualquier película una pobre chica como ellas es amada por un hombre interesante...

CARLOS.—¡Cecilia!

CECILIA.—Desde aquí, mirando hacia arriba se ganan las fuerzas para resistir la monotonía y el tedio de todos los días iguales. Desde aquí, señor Boy, mirando hacia arriba se ve sonreír a Dios... Y es como si se le oyera decir: espera, espera... Un día no pasará lo mismo de siempre... Un día vendrá la felicidad.

CARLOS.—¡Cecilia!

CECILIA.—Así le ha querido a usted Paloma. ¡Mirando al cielo! Se pasaba así, horas y horas. Le ha amado con un amor que se alimentaba del sueño de todas las noches frente a este cielo. Con usted ha ido a la India, a Nueva York, por el mar, por la tierra. Le ha dicho muchas veces «te quiero» y hasta es muy posible que se haya casado con usted...

LINA.—(*Avanzando hacia ellos*) ¿Pero no lo comprende? Para estas pobres muchachas que viven mirando al cielo, todo lo que pasa por delante de sus ojos es como una chispa que les enciende la imaginación. ¿Comprende usted? Usted pasó por delante de Paloma una tarde del mes de marzo. La miró usted y le dijo que tenía los ojos muy bonitos... Y ya es bastante para ella... Volvió usted a sus sueños todas las noches... Pensando en usted era feliz. ¡Y aún dice usted que no lo sabe! ¡Oh, señor Boy, el hombre brillante y famoso, no vuelva usted a gastar bromas como la de anoche a tres pobres muchachas! No, no. No juegue usted. No piropée usted a las chicas que pasan a su lado por la calle. Cuidado, señor Boy. A veces pasar por delante de la vida de los demás, es un delito. Tenga cuidado...

CECILIA.—¡Cállate, Lina! ¡Paloma!

CARLOS.—¡Oh, ella!

CECILIA.—No, no quiero que le vea aún. Por favor venga usted con nosotras...

(Salen los tres. Silencio y soledad en la escena. Paloma se detiene en la puerta de su madre y la llama, aparece Rosario)

PALOMA.—Mamá...

ROSARIO.—¡Hija mía!

PALOMA.—¿Lo sabes todo?

ROSARIO.—Sí...

PALOMA.—(*Se arroja en sus brazos*) ¡Oh, mamá, mamá! Perdóname...

ROSARIO.—Vamos, hija...

PALOMA.—¡Pobre de tu Paloma!

ROSARIO.—Calla... Lo sacrificabas todo por ese hombre. Lo más noble, lo más hermoso. Tu único tesoro. ¿Por qué?

PALOMA.—Por salvarlo... Creí que él había matado a esa mujer.

ROSARIO.—¿Tanto le quieres?

PALOMA.—(*Con el alma en las palabras*) Le quiero, sí, le quiero, mamá. Cómo se reirá ahora de mí, de esta pobre muchacha soñadora y loca que se ha enamorado de... nada. De una ilusión. Parece que le estoy viendo aquella tarde, mamá. Venía solo por la acera de la Escuela, con la cabeza un poco baja mirando hacia el suelo... Un grupo de chicas salíamos de la clase de francés. Me miraba fijamente y sonreía. «Señorita, tiene usted los ojos muy bonitos. ¡Oh! Se parece usted a Greer Garson...». Y miraba mis ojos, con los suyos, fijo, fijo, y sonreía.

ROSARIO.—¡Oh! Mi pobre hija...

PALOMA.—Aquella noche soné con él... Y siempre ya, todas las noches, a todas horas. Cuando vosotras dormíais, yo me levantaba y venía aquí a sentarme en esta ventana... Si tú supieras qué feliz he sido, mamá. Cuántas palabras bonitas le he oído aquí, aquí mismo, como si de verdad estuviera a mi lado. Hasta sentí que alguna noche me besaba. Yo estaba segura de que un día vendría. Y vino anoche que era la noche de Año Nuevo. ¡Era el famoso Carlos Boy! ¡Pobre de mí! Quise creer que era un milagro lo que fue una casualidad. Cuando dijo que cantarí para mí pensé que había reconocido a aquella pobre muchacha que tenía los ojos bonitos. ¡Como si el mundo no estuviera lleno de muchachas con los ojos bonitos y aquello hubiera sido algo más que un piropo a una chiquilla, en una tarde de marzo...!

ROSARIO.—¡Hija mía! Calla...

(En el umbral de la puerta por donde salió, aparece en silencio Carlos Boy. Se detiene allí, a un gesto entre suplicante e imperioso de Rosario y escucha con una viva emoción en los ojos. Paloma, naturalmente, de perfil hacia el público y de espaldas no puede verle. Sigue hablando como para sí misma)

PALOMA.—Anoche, tenía celos de Laura Montenegro, de todas esas mujeres bien vestidas que venían a la fiesta. Creía que era mío, mío de verdad, como en

mis sueños, y temía que me lo robaran... Y de puntillas, sin que Cecilia y Lina se dieran cuenta, bajé por esa escalera. Me sentí más enamorada que nunca: como loca. Iba decidida a entrar en la fiesta y a decirle a él la verdad: que le adoraba con todas mis fuerzas... Pero llegué a la puerta. Sí, estaba abierta... Él cantaba. Empecé a temblar. Me dio miedo. ¿Qué iba a hacer yo, pobre de mí, en aquella casa llena de flores? ¡Él mismo se hubiera burlado de la fantasía de una pobre chiquilla! Y no entré, mamá... La escalera estaba muy oscura. Me senté ahí en los peldaños... Desde allí veía vacía la habitación de las pantallas azules. Cerré los ojos... ¡Y, qué feliz fui, mamá! Ahora pienso que no era mentira todo lo que dije esta mañana delante de los policías. Porque anoche mientras yo estaba en la escalera a oscuras, con los ojos cerrados y muerta de frío, yo realmente estaba en sus brazos, él me acariciaba, me besaba... A las cuatro de la madrugada, él no estaba en el cuarto de esa mujer. ¡Estaba en mis brazos! Después, aquí, dormida entre mis hermanas soñé lo mismo que ellas: que me casaba con él...

ROSARIO.—¡Calla, por Dios, calla! No puedo más... ¡No puedo oírte!

PALOMA.—Si supieras que nunca he sido tan feliz como esta mañana, cuando engañaba a esos policías. Era maravilloso pensar que era mío para siempre, que entre los dos había llegado el amor a ser verdad... ¡Oh, mamá! Llegué a creer que no hacía un sacrificio sino que tenía el deber de decir la verdad. Y era como si la verdad hubiera sido aquello...

ROSARIO.—(*Desolada*) ¡Paloma!

PALOMA.—(*Transición: con los ojos muy abiertos de esperanza*) ¡Mamá! ¿Qué hará él? ¿Volverá?

ROSARIO.—(*Tiene a Paloma abrazada sobre su pecho y mira a Carlos fijamente*) Él... Él hará lo que mejor sea para ti... Él sabe que tú eres una niña, que la vida es muy larga y que tienes derecho a ser feliz. Es el bueno, yo estoy segura de que es bueno.

PALOMA.—(*Ilusionándose a sí misma*) ¡Sí! ¡Yo lo sé, mamá! ¡Volverá! (*Transición: con azaro y rubor al mismo tiempo*) Puede llegar de un momento a otro. Voy a arreglarme un poco porque he llorado y tengo los ojos hinchados. Es preciso que cuando vuelva me encuentre muy bonita... Quiero... ¡Oh, mamá! ¡Si supieras cuántas cosas quiero! Voy a ponerme el vestido azul. Es el mismo que llevaba aquella tarde...

(*Sale aprisa. Rosario va frente a Carlos Boy que avanza. Se miran en silencio*)

ROSARIO.—¿Ha oído usted?

CARLOS.—Sí. ¡A la puerta de la Escuela de Idiomas! (*Sonríe*) Debió de ser una tarde divina... ¡Y ni siquiera la recuerdo!

ROSARIO.—(*Bajo*) Señor Boy, ¿qué va usted a hacer de mi pequeña?

CARLOS.—(*Con mucha emoción*) Estoy deslumbrado... Si pudiera, lloraría. Mi vida es toda una vida esperando un gran amor. ¡No lo encontré jamás! Muchas mujeres como Laura no han sabido quererme... Y ahora frente a mí, al alcance de mis manos tengo un gran amor. No lo rechazaré. ¡No quiero! Es mío. Ese anhelo de Paloma debe ser para mí. Es mío. ¡Tengo derecho a ser feliz! Y quiero que también ella lo sea. ¡Lo será! ¡Se lo juro!

ROSARIO.—(*Bajando los ojos al suelo*) Piénselo, señor Boy...

CARLOS.—¿Va usted a impedirlo?

ROSARIO.—No... No podría. Serían inútiles mis súplicas y hasta mis órdenes. No me oiría, usted es su único dueño. Le adora. (*Emocionada*) Puede usted estar orgulloso porque esa hija mía es un tesoro...

CARLOS.—¡Señora!

ROSARIO.—Por eso... Porque es un tesoro debe usted pensar mucho lo que hace de él. Esa pequeña era nuestra única fortuna... Toda nuestra alegría. Si ella es desgraciada...

CARLOS.—Quiero hacerla muy feliz...

ROSARIO.—Quizá sea tarde... Viene usted después de haber sido un gran sueño. Eso es muy grave, señor Boy. Yo quise con toda mi alma a un hombre que soñaba tanto como mi Paloma: era su padre. Y no pude hacerle dichoso. Había soñado en mí, su ideal... Y yo no era más que una pobre mujer...

CARLOS.—¡Yo sabré ser el hombre que ha soñado Paloma! ¡Lo seré! Pondré toda mi alma y toda mi alegría!

ROSARIO.—(*Sonríe con pena*) ¿Cree usted que después de un gran sueño puede haber una gran realidad? (*Un silencio*) Yo le suplico que piense usted todo esto, señor Boy. Y usted decidirá... Solo usted puede decidir. Decida usted como un hombre de carne y hueso, no como uno de esos hombres que ven a las muchachas en sueños, que ni siquiera tienen edad ni un poco de pelo blanco como usted en la cabeza... Ella es una niña. ¡Ojalá que cuando pasen los años sepa que hoy hizo usted por ella lo mejor que podía hacer! ¿Me promete usted que pensará en todo esto?

CARLOS.—(*Lentamente*) Sí... Se lo prometo.

ROSARIO.—Gracias... (*Y sale*).

(Carlos, solo, fija largo rato sus ojos por la puerta que salió Paloma. Da unos pasos hacia ella. Ve el infinito del cielo azul por el ventanal y vuelve la vista hacia la mesa camilla donde está el álbum de Paloma. Va muy despacio hasta allí. Toma el libro entre

las manos, lo acaricia, sus ojos recorren todos los rincones de la estancia, y al fin cae sentado al lado de la mesa. Toma de nuevo el álbum, sonrío, saca una estilográfica y escribe... Ahora entran por donde se fueron Cecilia y Lina. Cecilia trae unos papeles)

CECILIA.—¡Ah! Míralo... ¡Está escribiendo en el álbum de Paloma!

LINA.—¿Qué crees tú que hará?

CECILIA.—¡No lo sé!

(Pasan las dos casi de puntillas detrás de Carlos Boy que sigue escribiendo. Se detienen las chicas un instante junto al ventanal. Hablan como en un cuchicheo. Y en sus miradas hacia Carlos Boy, hay una suave nostalgia)

LINA.—Cecilia... ¿No es cierto que, anoche, en nuestros sueños, estuvimos un poco enamoradas de ese hombre?

CECILIA.—*(Ruborizada)* Sí... Nos traía la felicidad. ¿Comprendes? Eso es tan importante aunque haya sido un sueño...

LINA.—¿Qué piensas hacer tú ahora?

CECILIA.—No volveré a soñar... Es muy amargo. Trabajaré más y más. Empezaré hoy mismo. *(Muestra el legajo, que deja sobre la mesita de la máquina de escribir)* Mira...

LINA.—¿Qué es eso?

CECILIA.—Copias de expedientes atrasados para el archivo de la oficina. Es trabajo aparte y lo pagan muy bien. No hay más remedio. Paloma necesita unos zapatos nuevos para la lluvia y hay que matricularla en inglés...

LINA.—Sí... *(Muy emocionada se lanza a ella y la besa)* ¡Qué buena eres, Cecilia!

CECILIA.—¡Bah! *(Sonríe)* Tonta...

LINA.—Yo acabo de tomar una resolución...

CECILIA.—¡Dios mío! ¿No será un disparate?

LINA.—No... Me voy a casar con aquel muchacho que me besó un domingo en el Retiro. ¿Te acuerdas?

CECILIA.—Sí.

LINA.—Es un pobre muchacho, un infeliz. Mejor. Así seré yo la que mande...

CECILIA.—¡Oh, Lina!

LINA.—Sí... Desde anoche tengo miedo de mí misma. Temo que un día llegue a hacer todas las locuras que he soñado... Yo me conozco. Sería capaz de todo por escapar de esta vida. Me casaré.

CECILIA.—Creo que haces bien...

(Las dos tienen una nueva mirada de nostalgia para Carlos Boy. Luego se miran entre sí)

LINA.—*(Bajísimo)* Adiós, Carlos Boy...

CECILIA.—*(Igual)* Adiós, Carlos Boy...

LINA.—Oye... ¿No crees que deberíamos decirle a Paloma que él está aquí?

CECILIA.—Sí... Quizá la esté esperando.

(Y las dos, sin ruido alguno, como si no pisasen el suelo y sin dejar de mirar a Carlos Boy, entran en el cuarto de Paloma. Carlos, solo, enseguida deja de escribir, se pone en pie y deja el álbum abierto sobre la mesa. Mira por última vez a su alrededor, se pone el sombrero muy despacio, va hacia la puerta del fondo, la abre y se va... La puerta queda entornada. La escena sola. Se oye la voz de Paloma que a punto de aparecer, llama dulcemente: «¡Carlos!» Aparece... Tiene el rostro arrebolado. Ve el vacío de la habitación y mira desolada alrededor)

PALOMA.—¿Eh? Carlos... Carlos... ¡Carlos! ¿Dónde está? Carlos...

(Corre a la puerta de la escalera, la abre, sale al rellano y desde allí grita casi sollozante)

¡Carlos! ¡¡Carlos!! Carlos... ¡¡Oh!!

(Irrumpen Cecilia y Lina)

CECILIA.—¡Paloma!

LINA.—¡Paloma! ¿Qué sucede?

PALOMA.—¡No está! Se ha ido...

(Paloma solloza. Las otras acuden a su lado y entre las dos la vuelven al centro de la escena)

CECILIA.—Calla... No llores... ¡Volverá!

LINA.—Sí, pequeña... ¡Volverá!

PALOMA.—No, no, no... *(Ya tiene álbum abierto entre sus manos. Un sollozo desgarrador)* No volverá. ¡No lo veré nunca más!

CECILIA.—Paloma... ¡Hija mía!

LINA.—(*Las dos, con mucha ternura, sin atreverse a leer en el álbum por encima de los hombros de Paloma*) Paloma...

PALOMA.—(*Va leyendo en el álbum lo escrito por Carlos Boy. Su voz, de una infinita ternura, a veces se ve cortada por un sollozo*) «Adiós, Paloma...» ¿Habéis oído?

(*Cecilia y Lina vuelven la cabeza y se secan una lágrima*)

«Adiós, Paloma, novia mía, amor. Me voy con rabia y odio de mí mismo. Me aborrezco con todas mis fuerzas, porque no tengo veinte años... ¿Comprendes, Paloma? La vida es así de horrible y de injusta. Yo he sido el héroe de un sueño tuyo y ya es imposible que sea el héroe de tu vida... Si me quedara a tu lado, cometería un crimen espantoso. Yo mismo sería el asesino de ese Carlos Boy maravilloso que tú creaste en tu imaginación. Y me voy, Paloma. Tú me has hecho saber que el amor existe, el mejor amor, generoso y hermoso como tu sueño. Esta noche mientras yo cantaba en una fiesta, sin saberlo, tú me hacías vivir la noche de amor más bella de mi vida... Gracias, amada mí, inolvidable. Cuando pasen los años, unos pocos años, yo seré un viejo cantante de poca voz que en cualquier cabaret del mundo cantará para unos enamorados una canción sentimental. Todavía soñaré entonces con mi pequeña novia lejana. Tú, mientras, en un rinconcito de Madrid, al lado de un marido muy joven y muy alegre, verás cómo duermen tus hijos. Pero ni siquiera entonces, para dormir a tus hijos, recordarás las viejas canciones de Carlos Boy que ya habrán pasado de moda... Adiós, Paloma. Adiós».

(*Un sollozo desgarrador. Cecilia silenciosamente se sienta a la máquina de escribir. Paloma, sobre la mesa, esconde el rostro. Y con infinita pena, con infinito amor:*)

¡Adiós, Carlos Boy! ¡Adiós!

(*Lina se seca una lágrima. Cecilia comienza a teclear muy suave en la máquina*)

TELÓN

EL CIELO ESTÁ CERCA
Versión B
 (reparto de la versión en provincias)

PERSONAJES

| | |
|---|-------------------------|
| Paloma..... | Esperanza Navarro Bassó |
| Cecilia..... | Lola Gálvez |
| Lina | Pepita Montoya |
| Carlos Boy..... | Miguel Pastor Mata |
| Don Fabián..... | Nicolás Navarro |
| Gabriel..... | Julio Montijano |
| Monsieur Pierre Gerbidon..... | José Martí Orús |
| El Chófer..... | Sr Jiménez |
| Un Botones..... | Sr Campos |
| Los Tres Muchachos de monsieur Gerbidon (no hablan) | |

La acción en Madrid. En la última noche del año. Nuestros días.

INTERMEDIO

(Antes de alzarse el telón, con la batería encendida, sale un Actor y dice)

EL ACTOR.—Buenas noches, señoras y señores... Esta comedia, como veréis, es sencillamente la historia de una noche en un pequeño hogar de la gran ciudad. Apenas transcurre el tiempo, si no son las pocas horas de esta noche en la buhardilla de las tres muchachas... Entre tanto, en la calle otras gentes distintas cantan y gritan en un jolgorio maravilloso que recorre toda la tierra, desde los rascacielos a las pequeñas aldeas, desde el campanario de una aldea que dio alegremente las doce hasta la sirena presuntuosa de los grandes barcos que navegan por alta mar. Cecilia, Lina y Paloma, viven su noche en el silencio de esta madrugada. Ya conocéis bien a las tres y sabéis cómo son sus anhelos... Esta noche, Paloma, Cecilia y Lina, son alegres viajeras en carroza blanca. Ahora, cuando de nuevo se alce el telón parecerá que ha pasado el tiempo, que los días son otros pero ya nos descubrirán el secreto... Vosotros

y yo sabemos que el tiempo es una pura ilusión, cuando se cierran los ojos y el alma se nos inunda de un deseo de felicidad... Por fortuna para los que sueñan la imaginación todavía vuela más aprisa que los aviones de Madrid a Nueva York... (*Sonríe*) Señoras y señores, vamos a seguir a nuestras amigas en el vuelo de sus sueños. Tengo un poco de pena, porque muy de mañana alguien vendrá a despertarlas. Pero mientras, aún es de noche, escuchad...

(*Se va. Álzase el telón*)

El mismo decorado. Una intensa penumbra de luz azul, muy oscura, en toda la estancia. Paloma, Cecilia y Lina, duermen cada una en un sillón. En la mesa camilla, don Fabián, cuyo rostro se ilumina con una luz blanca en fortísimo contraste con las sombras que le rodean, hace solitarios con una baraja. A lo largo de todo este cuadro y sin interrupción hasta que se indique, se oye lejanamente la melodía de «Cerca del tranquilo lago». La puerta del fondo, cerrada. Don Fabián habla en un monólogo, para sí mismo.

DON FABIÁN.—El dos, debajo del tres... Se acabaron las espadas. El cinco casa con el seis. El caballo con el rey. El as con el dos. ¡Bravo! Este sale... Me falta una sota para poner el siete. No sale... No sale... No sale (*Maneja las cartas con verdadero desconsuelo*) ¡Diablo! Pues no sale... ¡Condenada sota! Claro que se puede hacer trampa. ¡Je! Por una vez... (*Se saca una carta del bolsillo del gabán y sonríe feliz*) Aquí está...

(*Paloma se levanta ligera, sin desperezo alguno y de puntillas sonriente llega al lado de don Fabián, y se apoya sobre la mesa. La luz blanca los ilumina a los dos. Cecilia y Lina siguen inmóviles, en la sombra*)

PALOMA.—(*Muy bajo*) Don Fabián...

DON FABIÁN.—Otro siete... Otro dos... El as.

PALOMA.—Don Fabián, tengo que decirle algo muy importante. No lo pueden saber mis hermanas. Es un secreto. Solo usted don Fabián. ¡Usted!

DON FABIÁN.—Chiss... Hijita, no me cuentes nada. Me da mucho miedo esa imaginación tuya... El dos ¡El cuatro!

PALOMA.—(*Bajo, muy angustiada*) Pero abuelo...

DON FABIÁN.—Calla, hija, calla. A la noche, cuando tus hermanas duerman, llamas en mi casa, yo te abriré, y me cuentas todo lo que quieras. Tú y yo, solitos los dos.

PALOMA.—¡No, don Fabián, no! ¡Será demasiado tarde!

DON FABIÁN.—¿Tarde? ¿Por qué, hija mía?

PALOMA.—Porque, entonces, yo estaré ya muy lejos de aquí...

DON FABIÁN.—(*Apartando un momento los ojos de sus naipes*) ¿Eh?

PALOMA.—(*Con anhelante y dichosa emoción*) Sí, don Fabián. Me voy de esta casa. De nuestra casita... Dígales usted a mis hermanas que tardaré mucho en volver, quizá no vuelva nunca. Él y yo nos vamos a recorrer el mundo. Ya tenemos los pasaportes... Pero, dígales usted que las querré siempre, siempre. Y a usted, abuelo, tampoco podré olvidarlo...

(Silenciosamente, como vino Paloma se aparta de la mesa camilla. Sale del pequeño radio de la luz blanca. Cruza la penumbra y desaparece de escena por la puerta de su habitación. Una pausa. Don Fabián continúa manejando la baraja)

DON FABIÁN.—Tres, cuatro... Nada, que no. Falta un caballo. Menos mal que tengo aquí uno de la otra baraja.

(Y se saca del bolsillo otro naipe que pone sobre la mesa con ademán triunfador. Lina se levanta ahora de su sillón y de igual modo que antes Paloma llega hasta el anciano)

LINA.—(*Como en un murmullo confidencial*) Don Fabián...

DON FABIÁN.—¡Hola muchacha! Me falta el as de espadas...

LINA.—Don Fabián. Quiero que usted sepa... Verá usted don Fabián. Yo soy una mujer muy moderna.

DON FABIÁN.—(*Que, como siempre, sigue jugando sus naipes y solo alza la cabeza en los momentos más significativos del diálogo*) Sí, hija, sí. Modernísima. Ya sé que a veces te pones pantalones para andar por casa. Pero como tu modernismo no pasa de ahí...

LINA.—(*Sonríe*) Pasa...

DON FABIÁN.—¿Qué dices?

LINA.—(*Está sentada muy cerca del anciano, iluminados sus rostros por la misma luz*) Escúcheme, abuelo. Hay cosas mías que no conoce nadie. Ni siquiera mis hermanas. Por ejemplo: ¿sabe usted que a mí me gusta mucho el whisky?

DON FABIÁN.—¿El... qué?

LINA.—El whisky. Y mejor solo que con sifón. (*Ríe muy bajo*) Una noche del invierno pasado llegué muy tarde a casa, dije a mis hermanas que estaba enferma y me acosté sin cenar. Bueno, pues no era verdad. Lo que tenía eran cinco whiskys dentro. ¡Menuda «turca»!

DON FABIÁN.—¡Embustera!

LINA.—Aquella noche fui a un bar de la Gran Vía. Es un rinconcito estupendo, con muy poca luz, y una alfombra roja. Me llevó, bueno, un amigo... Después estuvimos en su coche por la carretera. No nos matamos por un milagro. Fuimos hasta Torrelodones...

DON FABIÁN.—¿Solos?

LINA.—¡Naturalmente! Por Dios, don Fabián, no sea usted anticuado... Pero aquella noche, no pasó nada. Había demasiado whisky y mucha velocidad. Figúrese a noventa por hora...

DON FABIÁN.—(*Abandona un momento sus naipes y la mira*) ¿Es que eres mala, Lina?

LINA.—¡Bah! Yo entiendo la vida a mi manera. No podría soportar un marido aburrido. Necesito un hombre que se enamore de mí como un loco, que se me declare todas las tardes, que me bese a noventa por hora, que me regale ramos de flores, que me invite a whisky, que nos emborrachemos juntos... Eso es lo que yo quiero, don Fabián. Porque eso es el amor. Y le aseguro que eso es vivir...

(Sonríe. Muy despacito, se incorpora, y de puntillas se aleja del radio de la luz blanca. Atraviesa la habitación y entra en su cuarto. Una pausa)

DON FABIÁN.—(*Para sí*) Lo tengo dicho: sale mejor el solitario de las diez cartas. Una trampita y ya está... Ea. Oros, arriba, copas abajo, espadas después... Caballo de bastos. Rey de copas. Sale, sale... Ya lo creo que sale.

(Cecilia, se incorpora lentamente de su sillón. Y en la misma actitud ligera y casi ingrávida de sus hermanas se dirige hasta don Fabián)

CECILIA.—(*Como en un susurro*) Don Fabián... Hoy no he ido a la oficina porque es primavera. Hace un sol tan bueno y los árboles huelen tan bien que da pena meterse en aquel caserón triste y oscuro. Don Fabián la vida es muy hermosa... ¿Sabe usted por qué lo sé hoy? Porque voy a lograr lo que siempre he deseado con toda mi alma... Tengo el secreto más maravilloso que puede tener una mujer. Lo deseo, sin saberlo yo misma, desde que Paloma era una niña y tenía que dormirla entre mis brazos... Cuando las pequeñas se hicieron mujeres comencé a sentirme desgraciada sin saber por qué. Y de pronto, la noche de Año Nuevo, al brindar por nuestro secreto comprendí toda la

verdad. Yo soñaba todas horas con lo que había perdido para siempre. Con aquella criatura que era como mi hija... Por eso, ¿comprende usted qué feliz voy a ser ahora, don Fabián?

(Sigilosamente, como sus hermanas, se aparta del viejo y sale de escena por la puerta de su alcoba. Don Fabián solo, continúa moviendo sus cartas un poco más lentamente, como somnoliento. Continúa la música)

DON FABIÁN.—Un dos... Un tres. Un as. Siempre lo mismo. Otro tres. Otro dos. ¡Y otro as! Todo igual... Veamos los bastos. Nada. ¡Hola! El caballo... Buena señal. Y el cuatro, para el tres. Vaya, vaya...

(Su voz se ha ido apagando lentamente. Las últimas palabras apenas se le oyen entre la melodía de «Cerca del tranquilo lago». De pronto, en escena se hace un oscuro total que dura apenas unos segundos. Cuando vuelve la luz ha desaparecido don Fabián y la lámpara blanca que le iluminaba. Toda la escena solitaria es una suave penumbra azul. Óyese la misma música algo más próxima. Una pausa. Inesperadamente y con suavidad, se abre, sola, la puerta de entrada del fondo, y en el rellano de la escalera, radiante de luz blanca, aparece un pequeño «botones» de uniforme que lleva tres grandes ramos de flores. Entra sonriente y de puntillas. Se dirige a las puertas de las alcobas de las tres muchachas una tras otra, las abre suavemente y en cada una deja uno de sus ramos. Al fin, solo y desprovisto de su bella carga, desaparece con gestos risueños por la puerta de la escalera... Una pausa. La puerta sigue abierta. Enseguida en el umbral aparece un pintoresco grupo. Son monsieur Gerbidon y sus tres muchachos. Monsieur Gerbidon viste «chaquet», sombrero de copa. Tiene gestos vivos y serviciales. Los tres muchachos visten idéntico uniforme y cada uno es portador de una gran caja. Monsieur habla en tono medio como temiendo despertar a alguien. Él entra y los muchachos formados en fila se detienen junto a la puerta...)

MONSIEUR.—¡Oh! Bon jour... Je suis monsieur Gerbidon de «Chez Pierre», c'est la maison des mesdemoiselles? *(Como si alguien le contestara)* Oui. *(Se vuelve con gentileza a los muchachos)* Entrez-vous s'il vous plaît... Par ici. *(Los tres muchachos entran en escena. Monsieur, todo sonrisas, señala una tras otra las*

puertas de las tres muchachas) Mademoiselle Cecilia... Mademoiselle Lina...
Mademoiselle Paloma.

(Cada uno de los tres muchachos, siguiendo las indicaciones de Monsieur entra en cada una de las tres habitaciones, con su gran caja. Los tres vuelven a escena sin ella y se alinean de nuevo, junto a la salida)

MONSIEUR.—Voilà... Au revoir, mesdemoiselles. Mes felicitations...

(Saluda a alguien y sale con sus muchachos. Otra vez la escena solitaria. La puerta del fondo se cierra tras ellos. Parece que el fondo musical disminuye poco a poco. Muy despacio comienzan a aclararse las sombras. El azul se mezcla a una luz clara, de un modo muy lento. Lejos, lejísimos se oye el eco de unas campanas que repican jolgoriosamente, mezclado a las primeras notas de la «Marcha nupcial» de Mendelssohn. Mientras la luz de la escena se aclara progresivamente, van subiendo de intensidad las campanas y los sonos de la marcha nupcial. Ya casi hay luz clara como de amanecer cuando de improviso se abre con ímpetu la puerta de entrada y bajo el marco aparece el chófer. Es un hombre tremendamente solemne, con uniforme lujosísimo y deslumbrante. Da un paso hacia dentro, tieso, se quita la gorra de plato y dice con voz tonante)

CHÓFER.—¡El coche espera!

LAS TRES MUCHACHAS.—*(Dentro, en un grito de alegría)* ¡Ay!

(Se abren al mismo tiempo y aprisa, las puertas de las tres alcobas, y en el umbral de cada una aparecen Cecilia, Lina y Paloma. Las tres vestidas de novia, con trajes largos, blancos, y velos de tul. Las tres con sus rosas en las manos. Y en los rostros una mezcla de gozo, rubor y asombro. Cada una de ellas contempla con risueños ojos incrédulos a las otras dos)

LAS TRES.—¡Oh!

CECILIA.—¡Lina! ¡Paloma!

LINA.—¡Cecilia! ¡Paloma!

PALOMA.—*(Las tres rapidísimas)* ¡Cecilia! ¡Lina!

CECILIA.—¿Qué es esto?

PALOMA.—¡Que me caso!

LINA.—¡Y yo!

PALOMA.—Ahora mismo... A las once.

CECILIA.—¡Y yo!

LINA.—¡Y yo!

(Las tres se reúnen en el centro de la habitación. Hablan muy deprisa, temblorosas de alegría)

CECILIA.—Es maravilloso. ¿Por qué no lo habéis dicho?

PALOMA.—Porque tenía que ser así... Una sorpresa.

LINA.—¡Claro! ¿No os dije que me gustaría hacer una barbaridad? Pues ya está.

CECILIA.—Él... Él... Él está abajo en el portal. ¡Me espera! Si supierais...

LINA.—¿Con quién te casas, Paloma?

PALOMA.—Pero ¿Es que no lo adivináis? ¿Cómo sois tan torpes? Tenía que ser él...
¡Él! ¡El único! Vamos, aprisa...

LINA.—Sí, sí... ¡Vamos! ¡Corred! ¡Ay! ¡Aprisa!

(Se oye mucho más próxima la marcha nupcial mezclada al toque de campanas. Las tres agitadas, muy juntas, corriendo hacia la puerta, son un puro revuelo de tules)

PALOMA.—¡Ay! ¿Oís?

CECILIA.—Corre. Dame el brazo... ¡Ay!

LINA.—Vamos... Sí, sí.

PALOMA.—¡La marcha nupcial! ¡Qué emocionada estoy! ¿Quién decía que no se puede soñar...? ¿No es esto un sueño?

(Las tres apretadas una contra otra y en medio de un jolgorio de risas y palabras entrecortadas, marchan escaleras abajo. El chófer, que ha permanecido inmóvil a un lado de la puerta durante toda la escena, las sigue. Arrecian la música y las campanas que se escuchan muy cerca. Es un estrépito glorioso)

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE